

(Frankenstein)

Mary Shelley

Versión de Ariela Kreimer



GOLU



Grandes Obras de la Literatura Universal

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación
escolar de jóvenes lectores

Títulos de nuestra colección

- *El matadero*, Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos*, Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*, Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos*, Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror*, Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville*, Oscar Wilde.
- *Martín Fierro*, José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca*, Henry James.
- *La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca. 
Automáticos, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho*, Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta*, William Shakespeare. 
Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho, Daniel Veronese.
- *En primera persona*, Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo*, Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.
- *Cuentos folclóricos de la Argentina*, Antología.
- *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Mark Twain.
- *Frankenstein*, Mary Shelley.
- *La increíble historia de Simbad el Marino*, relato de “Las mil y una noches”.
- *Heidi*, Johanna Spyri.

(Frankenstein)

Mary Shelley

Versión de Ariela Kreimer

Estudio preliminar y propuestas de actividades
de Ariela Kreimer



Grandes Obras de la Literatura Universal

Gerencia de contenidos: Profesor Diego Di Vincenzo.
Coordinación editorial: Alejandro Palermo.
Jefatura de Arte: Silvina Gretel Espil.
Diseño de tapa: Natalia Otranto.
Asistencia en diseño: Jimena Ara Contreras.
Ilustraciones: Leo Arias.
Diseño de maqueta: Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.
Diagramación: estudio gryp.
Corrección: Mariano Sanz.
Documentación gráfica: Gimena Castellón Arrieta.
Coordinación de producción: Juan Pablo Lavagnino.
Analista Editorial de Producción: Daiana Reinhardt.

Shelley, Mary

Frankenstein / Mary Shelley; adaptado por Ariela Kreimer; ilustrado por Leo Arias. - 1ª ed. - 1ª reimp. - Buenos Aires; Kapelusz, 2011.

144 p.: il.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-13-0270-7

I. Narrativa inglesa. I. Kreimer, Ariela, adapt. II. Arias, Leo,ilus. III. Título
CDD 823

Primera edición. Primera reimpresión.

© Kapelusz editora S.A., 2010.

San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.kapelusz.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN: 978-950-13-0270-7

Ⓢ PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

Queridos colegas, nos interesaría mucho recibir sus observaciones y sugerencias sobre este volumen u otros, tanto en lo que respecta al texto en sí, como a la introducción o a las actividades. Pueden acercarlas mediante correo electrónico a: apalermo@kapelusz.com.ar. Leeremos con gusto sus comentarios.

(Índice)

Nuestra colección	7
Leer hoy y en la escuela <i>Frankenstein</i>	9
Avistaje	11
Biografía	13
Palabra de expertos	15
“ <i>Frankenstein, el origen de un mito moderno</i> ”, Ariela Kreimer	
<i>Frankenstein</i>	21
Sobre terreno conocido	
Comprobación de lectura	129
Actividades de comprensión	133
Actividades de análisis	135
Actividades de producción	139
Recomendaciones para leer y para ver	141
Bibliografía	143

(Nuestra colección)

Incountables ámbitos de nuestra actividad social se vinculan con la lectura. Una vez que aprendemos a leer, no podemos evitar percibir todo texto escrito con el que cruzamos la mirada. Así, leemos los carteles indicadores que utilizamos para desplazarnos en nuestros trayectos —cotidianos o no—, leemos publicidades que —con su pretensión de originalidad— intentan persuadirnos de que consumamos un producto, leemos los precios de las mercaderías exhibidas en góndolas y vidrieras, leemos la información de sus etiquetas... leemos lo que alguien dejó escrito en las paredes de los edificios.

La escuela es el ámbito privilegiado para la lectura; incluso, es la institución responsable de estimular en los alumnos el desarrollo de sus habilidades como lectores y como escritores. La escuela se encarga, también, de iniciar a los estudiantes en la lectura de los textos literarios. Y ese tipo de lectura tiene sus propias particularidades y exigencias. Por ejemplo, un lector entrenado es aquel capaz de comprender, analizar y valorar un texto. Por otra parte, tiene que aprender a ubicarlo en el tiempo y en el lugar en que se escribió. Cuantas más relaciones pueda establecer un lector entre esa obra y la situación en que se produjo y circuló, entre esa obra y otras, más rica será su lectura.

Además, los lectores de literatura cuentan con la posibilidad de saber de otros tiempos, de otros mundos, de otros seres,

y de atesorar en sí conocimientos inagotables, de los que siempre podrán disponer.

Quienes seleccionamos los textos y preparamos las actividades para la colección Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) lo hacemos con la voluntad de despertar el interés de los jóvenes lectores, de alentar sus ganas de seguir leyendo y de acompañarlos en el encuentro personal con los tesoros que las obras de todas las épocas tienen para ofrecernos. En esta tarea apasionante nos guía la certeza de que la literatura constituye un camino único y lleno de descubrimientos, que todos merecemos recorrer y disfrutar a lo largo de nuestras vidas.

La hora de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-
blación descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Leer hoy y en la escuela

Frankenstein

Cuando se publicó *Frankenstein*, a principios del siglo XIX, no todo el mundo percibía la ciencia de igual manera. Por un lado, existía un reducido grupo de personas instruidas que veía en el método científico el único modo válido de explorar el mundo; por el otro lado, la gran mayoría suponía que la ciencia no se distinguía sustancialmente de disciplinas tales como la alquimia, la magia y la astrología. Era un modo, como otros, de llevar a cabo experimentos o explicar ciertos fenómenos.

Sin embargo, con el correr de los años, la postura mayoritaria se modificó por completo. De hecho, hacia fines del siglo XIX existía un optimismo generalizado en cuanto a los beneficios que acarrearía la ciencia. La aplicación de los principios científicos a los problemas prácticos había permitido obtener importantes mejoras en el campo de la salud, los transportes, la producción y la administración; el futuro parecía luminoso.

Pero con el cambio de siglo llegó la Primera Guerra Mundial, y las personas descubrieron que los conocimientos científicos también podían utilizarse para sembrar la destrucción. El optimismo se desvaneció.

Hoy, la ciencia sigue siendo una cuestión abierta, que *Frankenstein*, la novela de Mary Shelley, nos ayuda a entender mejor. Casi todos los problemas anticipados por la autora pueden conectarse con los debates en torno a los actuales avances en el campo de la genética y las prácticas de clonación... ¿A quién pertenece la

vida creada artificialmente? ¿Puede un ser artificial ser considerado un ser humano? ¿Tiene un ser artificial los mismos derechos que las personas? ¿Cuál es la responsabilidad del científico ante este tipo de cuestiones? Son temas de completa actualidad, y resulta inquietante observar que un libro escrito hace casi doscientos años ya los había abordado con inteligencia y sensibilidad.

Nuestra relación con la tecnología, y por ende con la ciencia, es cada vez más compleja. Basta considerar, por ejemplo, los increíbles adelantos que han tenido lugar en el ámbito de la comunicación. Un teléfono móvil o una conexión a Internet modifican sustancialmente la forma en que nos relacionamos con las otras personas. También introducen profundos cambios en los hábitos laborales; y la creciente importancia del sector de las comunicaciones influye de manera decisiva en la economía y el tipo de trabajos disponibles. Por otra parte, estas tecnologías se vuelven obsoletas rápidamente: esto se traduce en un ritmo de consumo acelerado y masivo, lo cual implica el uso irracional de recursos, y por ende, problemas de contaminación ambiental. Y podríamos seguir y seguir... Todas nuestras acciones sobre la naturaleza tienen algún tipo de consecuencia.

Hace doscientos años, una joven inglesa escribió la historia de un monstruo. Esa historia, entre otras cosas, explora la función de la ciencia como instrumento y las responsabilidades que las personas deben asumir si deciden utilizarla. Pero también revisa el modo en que lo creado afecta al creador y al mundo en que vive. E incluso sugiere una pregunta alarmante: ¿qué ocurre si la creación excede la capacidad del creador para controlarla? Por eso, tal vez, la lectura de *Frankenstein* sigue inquietándonos hoy del mismo modo que lo hizo en el momento de su publicación.

(Avistaje)

- 1 A continuación se listan los países en los que se desarrolla la novela. En un mapa político de Europa, ubiquen estos países y escriban cada nombre donde corresponda.

Alemania - Escocia - Francia - Italia

Inglaterra - Irlanda - Rusia - Suiza

- 2 Busquen en un atlas un mapa físico de Europa e imaginen cómo se podían desplazar los personajes por esos territorios con los medios de transporte disponibles hace 200 años. Conversen en pequeños grupos sobre posibles recorridos.
- 3 Busquen en diarios, en revistas o en Internet, noticias sobre clonación y compártanlas con toda la clase. En la carpeta, anoten los interrogantes que surjan a partir de las notas. Por ejemplo: ¿Se podría usar la clonación para salvar especies animales en peligro de extinción?
- 4 En la carpeta, escriban el nombre de cinco personajes de ficción ligados al género de terror o a la ciencia ficción. Pueden ser personajes de películas, libros o historietas. Descríbanlos brevemente e indiquen cuál es el origen de cada uno (por ejemplo, el origen del monstruo de Frankenstein es el libro de Mary Shelley, y no las películas de cine).

5 Según los conocimientos previos que tengan de la historia, indiquen si las siguientes afirmaciones son verdaderas (V) o falsas (F).

- a) Frankenstein es el nombre de un monstruo creado con partes de cadáveres. ☐
- b) Víctor Frankenstein es un joven científico. ☐
- c) Víctor Frankenstein tiene su laboratorio en el sótano del castillo en el que vive junto a su familia. ☐
- d) Frankenstein lucha contra el hombre lobo. ☐
- e) El monstruo de Frankenstein aprende a hablar en francés. ☐
- f) El final de la novela tiene lugar cerca del Polo Norte. ☐
- g) La familia Frankenstein vive en Suiza. ☐
- h) Drácula fue invitado al casamiento de Víctor Frankenstein, pero no concurrió. ☐

6 La historia que cuenta Mary Shelley es bastante distinta de la que se ve en las películas sobre Frankenstein. Para comprobarlo, redacten dos textos breves:

- a) En el primero, escriban todo lo que saben o suponen acerca de las aventuras de Frankenstein.
- b) En el segundo, realicen una descripción, lo más detallada posible, de la apariencia del monstruo.



Fotograma de la película
Frankenstein (Universal, 1931).

Una vez leído el libro, compartan estos textos con toda la clase y conversen sobre las diferencias entre las ideas previas que tenían sobre la novela y lo que resultó ser.

Biografía



Mary Shelley nació el 30 de agosto de 1797, en Londres, Inglaterra. Su padre, William Godwin, era un ensayista interesado en cuestiones sociales y políticas. Su madre, la escritora Mary Wollstonecraft, murió poco después del parto.

Debido a las actividades del padre de Mary, la casa de los Godwin era frecuentada por importantes escritores; en 1814, uno de ellos, el poeta Percy Bysshe Shelley,¹ se enamoró de Mary y huyó con ella. En 1816, Mary y Percy se casaron y pasaron una temporada en Suiza.

Allí, Mary comenzó la redacción de *Frankenstein*, que sería publicada anónimamente en 1818. Resulta que en Suiza, el matrimonio Shelley pasaba mucho tiempo con el poeta inglés Lord Byron² y su médico, John William Polidori.³ Sin otra cosa que hacer, se dedicaban a recorrer los impactantes paisajes próximos a Ginebra. Pero el clima fue descomponiéndose progresivamente y las excursiones debieron cancelarse. Para superar el aburrimiento, los cuatro amigos se reunían a leer historias de fantasmas de autores alemanes.

1 Percy Bysshe Shelley (1792-1822). Poeta y ensayista inglés.

2 George Gordon, Lord Byron (1788-1824). Poeta inglés.

3 John William Polidori (1795-1821). Médico y escritor inglés.

Un día, Byron propuso, a modo de juego, que cada uno escribiera una historia de miedo. La única que logró componer un relato autónomo y acabado fue la joven Mary.

Según parece, las conversaciones científicas eran un pasatiempo de la casa, y una noche Byron y Shelley discutieron los logros de Erasmus Darwin,⁴ científico que estudiaba los principios de la vida. Esas ideas volvieron a Mary en sueños: con toda nitidez vio a un joven científico arrodillado junto a un monstruoso ser que acababa de crear. Tan horrible era la “cosa”, que el creador sentía un inmenso horror. Al día siguiente, aún bajo la impresión de la pesadilla, Mary comenzó la historia. Inicialmente iba a ser un relato breve, pero su marido le sugirió que, dado que el tema poseía un gran interés, lo aprovechara del mejor modo posible. A fines de 1817 la novela estaba concluida.

En 1822, Percy Shelley murió ahogado en Italia, donde se había establecido la pareja. Mary regresó a Inglaterra al año siguiente y se dedicó profesionalmente a la literatura. No volvió a casarse. Su obra es bastante amplia y variada; escribió memorias y relatos de viajes, novelas, cuentos, y colaboró en la redacción de entradas enciclopédicas. También editó los últimos poemas de su marido. Su creación más conocida es *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Escrita cuando Mary tenía veinte años, la obra fue severamente revisada y corregida por ella en 1831. Otras novelas son *Valperga* (1823), *El último hombre* (1826), *Lodore* (1835) y *Falkner* (1837). Algunos de sus relatos cortos aparecieron en el anuario *The Keepsake* (“El recuerdo”) en 1829; la publicación estaba destinada, mayormente, al público femenino.

Mary Shelley murió en Londres, el 1 de febrero de 1851.

14 4 Erasmus Darwin (1731-1802). Médico y filósofo inglés, abuelo de Charles Darwin.

Palabra de expertos

FRANKENSTEIN, EL ORIGEN DE UN MITO MODERNO

Ariela Kreimer

Los ideales del Romanticismo

Frankenstein es una obra múltiple, en la que se combinan diversas corrientes estéticas; pero se la reconoce, por lo general, como una obra ligada al Romanticismo.

El Romanticismo fue un movimiento político y cultural nacido en Alemania a fines del siglo XVIII. Surgió como reacción contra las ideas de la Ilustración, que suponía que la razón sería capaz de barrer con las arbitrariedades originadas en la superstición y la ignorancia. Los ideales románticos glorificaban la independencia de los sentimientos y de la voluntad del hombre. Se resaltaba particularmente la libertad del individuo, que no debía ser entorpecida ni por la razón ni por las convenciones sociales.

En el plano literario, el Romanticismo exalta al héroe solitario que se hace valer por sí mismo, mientras que los personajes femeninos suelen ser presentados como figuras idealizadas. El paisaje adquiere importancia, ya que se conecta tanto con la esencia de los personajes como con su estado de ánimo, generalmente tumultuoso: por eso se prefieren los ámbitos nocturnos, las brumas y el borde de las tormentas.

Paisaje marino con lluvia (1827), óleo del artista romántico inglés John Constable.



Se incorporan, además, elementos grotescos y horribles, que contrastan con los principios clásicos de belleza a los que, hasta entonces, debían atenerse las obras de arte. También adquieren relevancia los componentes fantásticos y folclóricos, por su oposición a la razón. Una de las obras clave del movimiento es *Werther*, de Johann W. Goethe,¹ novela que narra la vida sentimental de un joven romántico, que termina suicidándose debido a su extrema sensibilidad.

Una idea tenebrosa

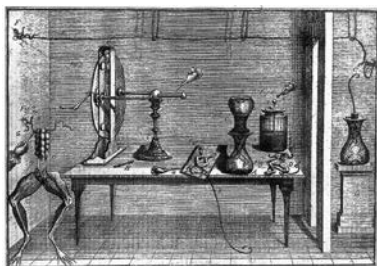
Según cuenta Mary Shelley, la idea de la criatura dotada artificialmente de vida le había llegado a través de las conversaciones entre su marido y Lord Byron. En estas conversaciones, solían aparecer los conocimientos científicos y filosóficos de la época, al igual que simples habladurías. Por ejemplo, se decía que, mediante el uso de la electricidad, Erasmus Darwin había logrado que un fideo se moviese como si fuera un ser vivo dentro del frasco de vidrio en el que estaba preservado.

Lo cierto es que, en 1771, el científico italiano Luigi Galvani² había logrado que los músculos de la pata de una rana muerta se contrajeran mediante la aplicación de una corriente eléctrica. Como este tipo de movimientos habitualmente se produce en los seres vivos, el experimento cautivó la imaginación de muchas personas. Luego, hacia 1800, Alessandro Volta³ fabricó la primera pila, capaz de producir corriente eléctrica. Era posible, entonces, generar electricidad; no resulta extraño que surgiese la pregunta: ¿podrá crearse vida utilizando esa electricidad?

1 Johann Wolfgang Goethe (1749-1832). Escritor y científico alemán. Uno de los precursores del Romanticismo.

2 Luigi Galvani (1737-1798). Médico y físico italiano.

3 Alessandro Volta (1745-1827). Físico italiano.



Este grabado de 1791 ilustra el experimento de Luigi Galvani.

La tradición ya había abordado la creación de la vida en otras oportunidades. En el libro bíblico del Génesis, Dios modela a Adán, el primer hombre, con barro. En la mitología griega, lo mismo hizo Prometeo, quien además robó el fuego a los dioses para dárselo a los seres humanos. Recordemos que el nombre completo de la novela de Mary Shelley es *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

Pero, aparte de los relatos originarios, otras historias contemporáneas abordan la creación artificial de vida. La mitología griega presenta a Talos, un gigante de bronce que custodiaba las costas de Creta. Era un autómatas, es decir, un ser dotado de movimiento propio, una especie de robot. Y la idea de los autómatas prosperó a lo largo de la historia. Por ejemplo, se atribuye al alquimista y teólogo Alberto Magno la creación de un autómatas extremadamente locuaz. Y existieron cientos de otros casos; en 1769 se creó “el turco”, un autómatas que jugaba al ajedrez y que causó sensación en Europa. Tras mucho analizarlo, Edgar Allan Poe⁴ escribió un ensayo probando que la máquina no era más que un fraude, ya que se trataba de un mecanismo donde se ocultaba un jugador de ajedrez humano. La cultura popular judía también tenía su monstruo artificial; era el Golem, que habría sido creado en Praga, en el siglo XVI, por el rabino Judah Loew.⁵

4 Edgar Allan Poe (1809-1849). Escritor y crítico estadounidense, creador del moderno cuento de terror y de la literatura policial.

5 Nicolás Schuff. “El Golem”, en: *Seres que hacen temblar*. Buenos Aires, Kapelusz, colección GOLU, 2009.



En la segunda mitad del siglo xviii, el inventor suizo Pierre Jaquet-Droz construyó una serie de autómatas, como esta sorprendente pianista capaz de tocar música.

La idea del ser artificial no era nueva. Lo que resultaría novedoso, en la novela de Mary Shelley, fue la combinación de una antigua leyenda con las más modernas posibilidades científicas. De este modo, se creó un género literario nuevo.

El nacimiento de la ciencia ficción

No muchos escritores tienen la capacidad o la fortuna de inventar de la nada un género literario. Para muchos, Mary Shelley, con solo veinte años, creó la ciencia ficción.

Isaac Asimov⁶ define la ciencia ficción como “la rama de la literatura que trata sobre las respuestas humanas a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología.”⁷ Esta definición es buena por muchos motivos, y muy especialmente porque coloca el énfasis en la respuesta humana al medio cambiante, y relega a un segundo plano la descripción científica o tecnológica. La evolución de las máquinas, desprovista de su costado humano, difícilmente puede dar como resultado literatura.

Ya antes de *Frankenstein* habían existido narraciones situadas en el futuro lejano, historias de viajes espaciales y relatos de autómatas. Sin embargo, nada de eso era ciencia ficción; se trataba de rela-

18 6 Isaac Asimov (1920-1992). Escritor y científico estadounidense.

7 Isaac Asimov. *Sobre la ciencia ficción*. Buenos Aires, Sudamericana, 1982.

tos satíricos, alegóricos o incluso mitológicos. Por ejemplo, en 1657 se publicó la *Historia cómica de los estados e imperios de la Luna*, de Cyrano de Bergerac;⁸ en ella se narraba un viaje a la Luna y se describían, con propósito de crítica social, las costumbres e instituciones lunares comparadas con las de la Tierra. La ciencia y la tecnología no eran el tema del texto.

Frankenstein es, entre otras cosas, la primera novela de ciencia ficción porque propone que la creación artificial de vida implica un cambio drástico en el nivel de la ciencia y la tecnología... ¿Qué se hará con la nueva criatura? ¿Será el primer individuo de una raza de esclavos? ¿Cuál es el valor de la vida y de la muerte a partir de ese momento? En la novela de Mary Shelley, la respuesta humana se queda en el campo de la experiencia individual: el cambio afecta principalmente al científico, que como persona no está a la altura de asumir la responsabilidad sobre los conocimientos que maneja.

Del libro al cine

La cultura popular ha tomado la figura de Frankenstein como un mito moderno. Para casi todo el mundo, Frankenstein es una especie de monstruo gigante y tosco, que camina lentamente con los brazos extendidos hacia delante y tiene la cabeza chata y tornillos en el cuello.

En gran parte, esa imagen surge de la película *Frankenstein*, de James Whale,⁹ filmada en 1931 para el sello Universal, con Boris Karloff¹⁰ como el monstruo. La película fue un enorme éxito y contó con una secuela en 1935, llamada *La novia de Frankenstein*. En ambas el nombre de Víctor había cambiado por Henry, y el cerebro del monstruo era el de un criminal. También existían otras novedades: el doctor Frankenstein era el prototipo del científico loco, vivía en un castillo y tenía un asistente jorobado.

8 Cyrano de Bergerac (1619-1655). Escritor francés.

9 James Whale (1889-1957). Director de cine inglés.

10 Boris Karloff. Pseudónimo de William Pratt (1887-1969). Actor inglés.



Dos fotogramas de la versión de Frankenstein dirigida por James Whale en 1931.

A pesar de que existieron dos versiones anteriores a la obra de Whale,¹¹ fue esta película la que instaló al personaje en la imaginación popular y marcó un hito en la historia del cine. Hasta posee su anecdotario. El papel del monstruo, por ejemplo, fue rechazado por el entonces famoso Bela Lugosi,¹² que objetaba el maquillaje excesivo. Fue aceptado por el desconocido Boris Karloff, quien a partir de ese momento se convertiría en un actor famoso, mientras Lugosi se hundía en el olvido.

Existió también una importante saga sobre el monstruo filmada en Inglaterra. Se inició en 1957, cuando la productora inglesa Hammer Films estrenó *La maldición de Frankenstein*, de Terence Fisher,¹³ con Peter Cushing¹⁴ como el científico y Christopher Lee¹⁵ como el monstruo. La productora Hammer, famosa por sus películas de terror de bajo presupuesto, entregó seis secuelas. La última fue *Frankenstein y el monstruo del infierno*, de 1974.

Finalmente, la versión más fiel al libro es *Mary Shelley's Frankenstein*, que fue estrenada en 1994, dirigida por Kenneth Branagh¹⁶ y protagonizada por Robert De Niro.¹⁷

11 La primera de ellas, de 1910, fue producida por el inventor Thomas Alva Edison.

12 Bela Lugosi. Pseudónimo de Bela Blasco (1882-1956). Actor húngaro.

13 Terence Fisher (1904-1980). Director de cine inglés.

14 Peter Cushing (1913-1994). Actor inglés.

15 Christopher Lee (n.1922). Actor inglés.

16 Kenneth Branagh (n. 1960). Actor y director irlandés.

17 Robert De Niro (n. 1943). Actor estadounidense.

(Frankenstein)



predicado
ativas por
parece no
incrédulo.
drentar.
Tahola de

CORRESPONDENCIA DE ROBERT WALTON

San Petersburgo,¹ 11 de diciembre de 1794

Querida hermana:

Te alegrará saber que, a pesar de tus malos presagios, mi viaje ha comenzado muy bien.

Estoy en San Petersburgo y siento el viento del norte en mi rostro. Este mismo viento ha recorrido las inhóspitas regiones hacia las que me dirijo y me anticipa el helado clima. Sin embargo, sigo imaginándome el Polo Norte² como una región de encanto y belleza. ¿Me toparé acaso con la maravillosa fuerza que mueve la brújula? ¿Realizaré observaciones astronómicas que permitan aclarar los secretos del Universo? ¿Qué puede ser imposible en una tierra donde la luz siempre brilla?³

Tú sabes que este ha sido siempre mi sueño y conoces los esfuerzos que afronté para estar a la altura de mis ambiciones. Me uní como marinero en expediciones de pesca al mar del Norte,⁴ para acostumbrar mi cuerpo al frío, al cansancio y a las privaciones. Pasé interminables noches en vela, agotado hasta el entumecimiento, estudiando matemáticas, medicina y física. Como piloto de un ballenero⁵ recorrí las rutas

1 **San Petersburgo:** ciudad de Rusia, al oeste del país.

2 **Polo Norte:** es opuesto al Polo Sur y entre ellos se traza el eje de rotación de la Tierra. La primera expedición en alcanzar el Polo Norte fue la de Robert Peary, en abril de 1909.

3 **Una tierra donde la luz siempre brilla:** en las regiones polares, es de día durante los meses de la primavera y el verano y es de noche durante el otoño y el invierno.

4 **Mar del Norte:** mar del océano Atlántico, situado en el noroeste de Europa.

5 **Ballenero:** embarcación dedicada a la caza de ballenas.

septentrionales⁶ ganándome el respeto y la confianza del capitán y los oficiales. He endurecido la piel y encallecido las manos en las tareas más agotadoras... Preparar este viaje me ha llevado seis años de trabajo y planificación. ¿No te parece que merezco el éxito?

En dos semanas partiré en trineo hacia Arcángel.⁷ Allí contrataré un barco y seleccionaré mi tripulación. Recién en junio⁸ podré embarcarme. ¿Cuándo volveré? Lo ignoro... Si todo sale bien, si logro llegar al Polo, puede que me demore meses y hasta años en terminar mis tareas. Si fracaso me verás pronto; o quizás, nunca.

Tu hermano, que te quiere

ROBERT

* * *

Mar Ártico, 7 de julio de 1795

Querida hermana:

Escribo estas pocas líneas para decirte que estoy bien, y que el viaje se encuentra muy avanzado.

Estoy satisfecho; mis hombres son valerosos y están dispuestos a enfrentar el duro clima hacia el que nos dirigimos. Ya hemos alcanzado una latitud⁹ muy alta, pero estamos en pleno verano y el viento que nos impulsa desde el sur es cálido. Hasta el momento no hay ningún detalle que valga la pena contar...

6 **Septentrional:** del norte.

7 **Arcángel:** ciudad de Rusia, al noroeste del país.

8 **Junio:** en el hemisferio norte, es el mes en que comienza el verano.

9 **Latitud:** distancia medida en grados que hay desde un punto de la superficie terrestre al Ecuador.

Tochar ro-
Tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
r toda la
comañando

Hemos enfrentado un par de tormentas fuertes que nos han dejado alguna avería, pero eso es algo común en el mar.

Adiós, querida Margaret. Ten la seguridad de que no afrontaré peligros innecesarios. Permaneceré sereno, perseverante y prudente, confiando en el éxito futuro.

Te extraña,

ROBERT

* * *

Mar Ártico, 5 de agosto de 1795

Querida Margaret:

Algo extraño ha ocurrido y deseo ponerlo por escrito, aunque es probable que me veas antes de que esta carta llegue a tus manos.

El lunes 31 de julio nos hallábamos totalmente inmovilizados por el hielo y rodeados de una espesa niebla. Cuando la visibilidad mejoró, una insólita imagen se destacó en la interminable llanura blanca que nos rodeaba. Hacia el norte, a unos setecientos metros, vimos un vehículo de poca altura, sujeto a un trineo y tirado por perros. El conductor parecía un ser humano, aunque era de dimensiones gigantescas. Lo seguimos con nuestros catalejos e intentamos atraer su atención, pero la espectral figura no tardó en desaparecer entre los hielos.

¿Quién era aquel hombre, Margaret? Suponíamos que nos encontrábamos a muchos kilómetros de la costa más cercana, pero ese trineo contradijo nuestros cálculos.

Antes del anochecer, el hielo se quebró y nuestro navío quedó libre. Sin embargo, permanecemos allí hasta la mañana siguiente, temerosos de encontrarnos con témpanos sueltos flotando a la deriva.



A primera hora de la mañana encontré a la tripulación agrupada a un lado del navío, aparentemente conversando con alguien que estaba en el mar. Me asomé y vi, sobre un enorme trozo de hielo, un trineo parecido al que habíamos divisado el día anterior. Únicamente un perro permanecía vivo, y los marineros intentaban persuadir al conductor para que subiera al barco. No era un nativo de una isla inexplorada, era europeo. Cuando aparecí en cubierta, mi segundo oficial gritó:

—Aquí está nuestro capitán. Él no va a permitir que usted muera en mar abierto.

Al verme, el hombre me habló en inglés, con acento extranjero.

—Antes de subir a bordo —dijo—, ¿podría indicarme hacia dónde se dirige?

Comprenderás mi sorpresa, Margaret, al oír semejante pregunta de labios de una persona al borde de la muerte. Le respondí, sin embargo, que nos dirigíamos al Polo Norte en viaje de exploración. Pareció satisfecho con mis palabras y aceptó subir a bordo. El hombre apenas podía moverse. Tuvimos que sacarlo de su trineo, envolverlo en mantas y ofrecerle comida y bebidas para que entrara en calor.

Pasaron dos días hasta que estuvo en condiciones de hablar, y, tras escucharlo, temí que los sufrimientos lo hubiesen privado de la razón. Debo confesarte, hermana querida, que nunca había conocido a nadie tan interesante. En sus ojos arde una expresión extraña, como de locura; pero cuando alguien se muestra amable con él, su rostro expresa una gran benevolencia.

El segundo oficial cierta vez le preguntó cómo había llegado tan lejos por el hielo, en un vehículo tan extraño.

—Iba en busca de alguien que huía de mí —dijo, melancólicamente.

—¿Viajaba esa persona en trineo?

—Sí —respondió.

—Entonces creo que lo hemos visto un día antes de que lo encontráramos a usted.

Eso avivó la atención de mi huésped, que hizo múltiples preguntas acerca de la dirección que había tomado el vehículo. A partir de ese momento, mi huésped demostró gran interés por estar en la cubierta para vigilar la aparición del trineo. Me costó mucho convencerlo de que se mantuviera en el camarote al abrigo del frío. ¿Puedes creerlo, Margaret? Tuve que comprometerme a dejar un vigía para que le comunicara cualquier novedad.

Esto es todo lo que puedo decirte de nuestro extraño pasajero. En los próximos días iré anotando las novedades.

13 de agosto de 1795

Hermana mía:

El aprecio que siento por mi huésped aumenta cada día. Tiene una gran cultura y habla muy bien. Parece una buena persona.

Pasa mucho tiempo en la cubierta vigilando la aparición del trineo que precedió al suyo. Sin embargo, sus desgracias no le impiden interesarse por los demás; me ha hecho muchas preguntas respecto a mis planes y yo le he contado mi pequeña historia. Hablar con él me hace mucho bien; siento como si me dirigiera a un viejo amigo, digno de todo respeto y confianza.

Tuyo,

R.

19 de agosto de 1795

Hermana:

Quiero compartir contigo lo que me dijo mi huésped ayer:

—Ya se habrá dado cuenta, capitán Walton, de que yo he sufrido grandes desgracias. Hace tiempo me juré llevar a la tumba esos recuerdos horribles, pero usted me ha hecho cambiar de idea. Usted va en busca del conocimiento y la sabiduría; yo emprendí en otros tiempos el mismo camino, y mi gloria se convirtió en mi maldición. Quiero que conozca la experiencia... tal vez le sirva para extraer de ella alguna enseñanza si triunfa, o un gran consuelo si fracasa. Le advierto que se trata de una historia terrible...

Como comprenderás, Margaret, me sentí muy halagado por la confianza que mi huésped depositaba en mí. De todos modos, le rogué que no se esforzara; su salud había estado gravemente deteriorada apenas unos días atrás.

Pero él no le prestó atención a mis reparos. Aseguró que empezaría su narración al día siguiente, en mis ratos de descanso. Por mi parte, decidí anotar todo lo que escuche, palabra por palabra.

Hasta pronto,

R.

CAPÍTULO I

Pertenezco a una de las familias más distinguidas de Ginebra.¹⁰ Siguiendo una antigua tradición, mi padre trabajaba en la administración pública y desempeñó importantes cargos con honor e integridad. Recién formó su propia familia a una edad avanzada. Su esposa, mi madre, era mucho más joven que él.

Mis padres se llevaban muy bien y disfrutaban de viajar juntos. Yo, el mayor de sus hijos, nací en Nápoles¹¹ y como mis hermanos Ernest y William nacieron muchos años después, durante mi primera infancia disfruté de tener el cariño de mis padres totalmente para mí.

En uno de los tantos viajes, cuando yo tenía cinco años, estuvimos una temporada cerca del lago Como.¹² Allí, en un valle perdido, mis padres pasaron por una miserable choza frente a la cual jugaban varios niños flacos y vestidos con harapos. Un par de días después, mi madre y yo visitamos el lugar con el fin de ayudar a esa pobre gente.

Siempre recordaré aquel momento. Un matrimonio de campesinos, consumido por las preocupaciones y el trabajo, distribuía una ínfima ración de comida entre cinco criaturas hambrientas. A mi madre le llamó la atención una niñita: era delicada y rubia, y a pesar de la ropa andrajosa, parecía llevar una noble corona sobre la cabeza.

Enseguida la campesina le explicó a mi madre que la pequeña era la hija de un noble de Milán¹³ y de una mujer alemana que había muerto. Se la habían entregado para que la criara, pero al poco tiempo

10 **Ginebra:** ciudad de Suiza, en el oeste del país, sobre el lago Lemán.

11 **Nápoles:** ciudad de Italia, en el sur del país.

12 **Como:** lago de Italia, en el norte del país, cerca de la frontera con Suiza.

13 **Milán:** ciudad de Italia, en el norte del país.

el dinero paterno había dejado de llegar. Al parecer, el noble había fallecido o había sido encarcelado por razones políticas, y su fortuna había sido confiscada.¹⁴ A la niña, entonces, no le había quedado más remedio que compartir la miseria de los campesinos.

Un par de días más tarde, mis padres pidieron a la pequeña en custodia. Se llamaba Elizabeth Lavenza y, desde entonces, se convertiría en mi inseparable compañera de juegos. Así fue como crecimos juntos, ya que éramos prácticamente de la misma edad.

Al nacer Ernest, a quien yo le llevaba siete años, mis padres abandonaron la vida viajera y se establecieron en Ginebra. Pasábamos la mayor parte del año en una pequeña finca a unos cinco kilómetros de la ciudad, en Belrive.¹⁵ Allí vivíamos felices y aislados del mundo... A veces pienso que el profundo desagrado que siento por las multitudes proviene de haber crecido en esa soledad.

Me gusta relacionarme, pero con pocas personas. Por esa razón, creo que no congenié con mis compañeros de estudio, a excepción de Henry Clerval, el hijo de un próspero comerciante ginebrino.

Clerval era un muchacho talentoso e imaginativo. Amaba las aventuras y el peligro, y le gustaba leer novelas de caballería.¹⁶ También escribía cuentos y obras de teatro. Era muy distinto a mí; desde niño, mi principal deseo era obtener conocimientos para comprender el mundo en que vivía. Yo quería conocer los secretos del cielo y de la Tierra. Más allá de eso, no había nada que me interesara. Clerval, en cambio, se sentía atraído por las virtudes de los héroes y por los sueños de las personas. A pesar de ser tan diferentes el uno del otro, jamás peleábamos, ya que Elizabeth siempre estaba con nosotros y nos transmitía su increíble paz.

14 **Confiscar:** castigar a alguien privándolo de sus bienes, que pasan a ser del tesoro público.

15 **Belrive:** comuna de Suiza, próxima a Ginebra, sobre el lago Lemán.

16 **Novelas de caballería:** género literario que narraba las aventuras fantásticas de caballeros legendarios, como los de la corte del rey Arturo.

Cuando cumplí trece años, llegó a mis manos un libro que tendría una extraña influencia en mi vida. El nombre del autor, Cornelio Agrippa,¹⁷ entonces no me decía nada, pero de todos modos lo abrí y comencé a leerlo con indiferencia. Al poco rato, los eventos maravillosos y las arriesgadas teorías que se exponían en sus páginas despertaron mi entusiasmo. Recuerdo que fui corriendo a contarle a mi padre sobre mi descubrimiento.

—¡Cornelio Agrippa! —se sorprendió él—. Mi querido Víctor, no pierdas tu tiempo con eso. Es muy aburrido...

Si entonces mi padre me hubiera explicado que los principios de Cornelio Agrippa habían sido rechazados en nombre de una ciencia superior, basada en las experiencias comprobables, yo hubiera abandonado la lectura. ¡Quién sabe! Hasta es posible que mis ideas no hubieran recibido entonces el impulso fatídico que provocó mi ruina...

Pero continué con Agrippa hasta que terminé de leer todas sus obras. Pasé luego a Paracelso¹⁸ y a Alberto Magno¹⁹ y me deleité con esas confusas fantasías. Sentía que me estaba adueñando de un saber exclusivo y oculto, reservado para las mentes selectas. Así fue como me convertí en un discípulo tardío de esos alquimistas,²⁰ y me lancé en busca de la piedra filosofal²¹ y del elixir²² de la vida. No podía imaginar una gloria más grande que vencer la enfermedad y hacer posible la vida eterna.

17 **Cornelio Agrippa:** alquimista alemán (1486-1535).

18 **Teofrasto Paracelso:** alquimista suizo (1493-1541).

19 **Alberto Magno:** teólogo y hombre de ciencia alemán (1193-1280); la Iglesia católica lo venera como el santo patrono de los estudiantes de ciencias naturales.

20 **Alquimistas:** practicantes de la alquimia, disciplina que se desarrolló en la Edad Media y que combinaba saberes de la química, la física, la astrología, la medicina y la magia.

21 **Piedra filosofal:** según los alquimistas, sustancia capaz de transformar los metales vulgares en oro.

22 **Elixir:** sustancia esencial.

Pero esos sueños no podían durar. Fue por la época en que nació William, el menor de mis hermanos... yo tenía alrededor de quince años cuando presencié una noche la más terrible tormenta. En medio de la furia de los truenos y el viento, una columna de fuego se alzó desde un roble que crecía a unos veinte metros de la casa. Tras el intenso resplandor, el árbol ya no estaba. A la mañana siguiente comprobamos que se había convertido en una infinidad de pequeñas virutas de madera. Nunca antes había presenciado la inmensa capacidad destructora de la naturaleza, que los autores que yo leía parecían ignorar. Un amigo de mi padre me brindó las primeras noticias acerca de la electricidad y sus leyes, y, a partir de ese momento, dejé de tomar en serio a Agrippa y a los alquimistas.

CAPÍTULO II

Cuando cumplí diecisiete años, mis padres decidieron que fuera a estudiar a la universidad de Ingolstadt.²³ Consideraban que, para que mi educación fuera completa, debía familiarizarme con las costumbres extranjeras. Sin embargo, una desgracia demoró mi partida.

Elizabeth se enfermó de escarlatina²⁴ y estuvo muy grave. A pesar de los riesgos, mi madre insistió en atenderla personalmente. Le dedicaba todos los cuidados que se puedan imaginar y finalmente Elizabeth se curó; pero entonces la enfermedad atacó a mi madre.

Una noche, nos mandó a llamar a Elizabeth y a mí.

—Queridos míos, siempre tuve la ilusión de que ustedes se casarían. Ahora, ese será el consuelo de su padre —dijo, y luego agregó—: Elizabeth, cuida mucho a todos, especialmente al pequeño William. ¡Qué pena me da tener que abandonarlos cuando todavía me necesitan tanto!

Al otro día murió pacíficamente. Todo era entonces dolor, y el dolor parecía eterno. Sin embargo, llegó el día en que la pena se refugió en lo más profundo de nuestros corazones y las sonrisas volvieron a nuestros labios.

Mi madre había muerto, pero la vida seguía y yo sabía que tarde o temprano debía trasladarme a Ingolstadt.

No me marché enseguida, porque pensé que sería un sacrilegio²⁵ dejar tan pronto el luto,²⁶ pero finalmente el día de la partida llegó, y

23 **Ingolstadt**: ciudad de Alemania, en el sur del país.

24 **Escarlatina**: enfermedad infecciosa. Uno de sus síntomas es la erupción cutánea.

25 **Sacrilegio**: profanación de algo sagrado.

26 **Luto**: signos exteriores de pena que se llevan tras la muerte de un ser querido, por ejemplo, vestirse de negro.

Clerval estuvo conmigo para compartir la última velada. Conversamos casi toda la noche y lamentamos tener que separarnos.

Al amanecer, subí al coche donde mi equipaje ya había sido acomodado. Todos estaban allí para despedirme: mi padre y mis hermanos, Ernest y William; Elizabeth y Clerval, conmovidos y llorosos; y hasta una de nuestras más queridas sirvientas, la pequeña Justine Moritz. A medida que me alejaba, los vi desaparecer a un costado del camino. Yo, que había pasado toda mi vida rodeado de personas que me querían y se preocupaban por mi felicidad, me dirigía ahora a una universidad en la que no conocía a nadie, y en la que solamente sería un estudiante más.

Esos eran mis pensamientos al comenzar el viaje, pero poco después comencé a sentirme más optimista. Deseaba con toda el alma adquirir nuevos conocimientos y quería ver el mundo. Mis proyectos se estaban cumpliendo, de modo que no había motivo para estar triste.

Tuve mucho tiempo para pensar durante el viaje, que fue largo y agotador. Pero por fin apareció, a lo lejos, el alto campanario de la ciudad de Ingolstadt, anunciando que una nueva vida comenzaba para mí.

A la mañana siguiente de llegar, visité a los principales profesores para presentarme. El señor Krempe, profesor de física, me interrogó sobre mis estudios. En un descuido, mencioné a los alquimistas, a quienes había leído con pasión.

—¿De veras ha perdido el tiempo estudiando semejantes tonterías? —preguntó, mirándome con severidad.

—Por supuesto —dije.

—Pues ha cargado su memoria con teorías falsas y nombres inútiles. ¿En qué desierto ha vivido usted? ¿Cómo es posible que nadie le haya advertido que esas enfermizas fantasías están mil años atrasadas? Me resulta increíble que en esta época de avances científicos todavía exista un discípulo de Alberto Magno y Paracelso... Estimado muchacho: usted tendrá que empezar a educarse de nuevo.

Tocar reg-
Tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
r toda la
compañando

Sin decir más, anotó una lista de libros que debía estudiar de modo urgente. Luego, me indicó que debía concurrir a unos cursos que él dictaría a partir de la semana siguiente con su colega el señor Waldman, y enseguida me despidió.

Volví a mi habitación muy contrariado. Ninguno de los profesores me había producido una buena impresión; y algunos, como el señor Krempe, me habían resultado deprimentes. Hacía tiempo que yo me había desengañado de los alquimistas, pero de todos modos sentía cierto desprecio por la física moderna. Cuando los maestros de la alquimia buscaban la inmortalidad y el poder absoluto, sonaban como grandes visionarios. En cambio, los investigadores modernos, con sus triviales análisis de la realidad, me hacían perder todo interés por la ciencia.

Por suerte, estas impresiones cambiaron cuando conocí al señor Waldman. Era muy diferente a su colega. Tendría unos cincuenta años, era muy bajo y poseía un modo de hablar tranquilo, que acentuaba su imagen de hombre bondadoso. Empezó la clase resumiendo la historia de la química, repasando los logros de los más importantes investigadores y poniendo en claro la situación actual de la disciplina.

—Los antiguos maestros de la ciencia —dijo— prometían imposibles y no realizaban nada. Los científicos modernos prometen muy poco. Saben que los metales no se pueden transmutar²⁷ y que el elixir de la vida es una quimera.²⁸ Pero penetran en los secretos de la naturaleza y los develan; nada escapa de su mirada, ni en el cosmos²⁹ ni en el cuerpo humano. Han alcanzado saberes nuevos y poderes casi ilimitados. ¡Nada de magia, señores! Solamente conocimiento derivado de la observación...

27 **Transmutar:** convertir algo en otra cosa; en este caso, se hace referencia a la búsqueda de la piedra filosofal, que según los alquimistas tendría el poder de transmutar cualquier metal en oro.

28 **Quimera:** algo que la imaginación cree posible, pero no lo es.

29 **Cosmos:** espacio exterior donde suceden los fenómenos celestes.

Estas fueron las palabras que me llevaron a la perdición. Me dije a mí mismo que seguiría las huellas ya marcadas, para abrir nuevos caminos y revelar a la humanidad los secretos más profundos de la creación.

Visité al profesor Waldman y le hablé de mis estudios anteriores. Me escuchó con atención e infinita cortesía.

—Los físicos modernos les deben a los alquimistas la mayoría de sus conocimientos —comentó—. La labor de los hombres geniales, aunque esté mal encaminada, nunca es del todo inútil.

Esas palabras, pronunciadas con total humildad, me resultaron muy gratas. Le confesé al señor Waldman que su clase me había sacado los prejuicios que yo tenía contra la física moderna, y le pedí que me guiara para encarar futuras lecturas.

—Usted parece un alumno capaz. Es importante que sepa que, si desea convertirse en un verdadero hombre de ciencia, deberá estudiar todas las ramas de nuestra disciplina. No tengo inconveniente en que utilice los instrumentos de mi laboratorio. Ahora, le daré una larga lista de lecturas...

A partir de entonces, la física y la química ocuparon mis días y mis noches. Leí con entusiasmo las obras más modernas; asistí a todas las clases, donde mi participación era apreciada y alentada; frecuenté conferencias y charlas. Me relacioné con los hombres de ciencia, y descubrí que incluso Krempe tenía un poco de talento... En Waldman, además de enormes conocimientos, encontré un amigo y un mentor.³⁰ Me allanó el camino del saber de mil modos distintos e hizo sencillo y comprensible lo complejo. Era absolutamente franco para señalarme tanto mis aciertos como mis errores. Mis progresos, enormes y fulminantes, lo asombraron desde el principio.

³⁰ **Mentor:** consejero y guía.

Tocar reg-
tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
toda la
comparando

En la universidad hallé mi lugar. El trabajo y el estudio me absorbían por completo. Incluso logré introducir ciertas mejoras en el instrumental de laboratorio, lo que me valió el reconocimiento y la admiración de la comunidad universitaria. Así pasaron dos años sin que pudiera ir a Ginebra a visitar a mi amada familia.

Llegó un momento en que se hizo claro que los profesores de Ingolstadt ya no podían enseñarme nada. Entonces consideré la posibilidad de volver a Ginebra, pero ocurrió algo que me obligó a prolongar mi estadía.

Muchas veces yo me había preguntado de dónde provenía el principio de la vida. La mayoría de los científicos, frenados por prejuicios o conscientes de sus limitaciones intelectuales, jamás osaron plantearse la cuestión. Yo intuía que los aspectos de la física relacionados con la fisiología³¹ debían acercarme a la respuesta. Y como sabía, además, que para investigar la vida hay que conocer perfectamente la muerte, profundicé mis estudios en anatomía³² y pasé noches enteras en cementerios para analizar de cerca el modo en que los cuerpos se convierten en alimento de los gusanos.

Allí, rodeado del más horrible espectáculo, y hundido en lo que personas más sensibles considerarían la más densa de las tinieblas, yo fui capaz de encontrar la luz más brillante y maravillosa. Me llevó bastante tiempo aceptar que, entre tantos hombres geniales que se dedicaron a estudiar el tema, únicamente yo estaba destinado a descubrir el más sorprendente de los secretos.

No sucedió de un día para el otro. Mi descubrimiento se llevó a cabo escrupulosamente, siguiendo las etapas del método científico. Fue un trabajo que exigió una cantidad enorme de tiempo, de recursos y de esfuerzo intelectual. Y los resultados fueron contundentes.

31 **Fisiología:** estudio de las funciones de los organismos.

32 **Anatomía:** estudio de la estructura y de las relaciones entre las partes de un organismo.

Al final, fui capaz de aislar la causa que genera la vida... Más aún: llegué a dar vida a la materia inerte.³³

¿Cómo sucedió? Bueno, eso es algo que no puedo revelar. Era dueño de un enorme poder y vacilaba acerca de lo que debía hacer con él. Yo era capaz de crear vida; pero, para eso, antes debía construir un cuerpo capaz de recibirla... Eso significaba kilométricas redes de venas, delicadas uniones nerviosas y precisas estructuras de huesos y músculos. Por un momento, me dejé tentar por la posibilidad de crear un organismo más simple... pero, tras mi prodigioso descubrimiento, no podía resignarme a crear otra cosa que no fuera un ser humano. Me lo merecía.

Así fue como me puse a trabajar. Como la pequeñez de las partículas era un inconveniente para la rapidez de mi labor, resolví hacer una criatura gigantesca, de alrededor de dos metros y medio de estatura y una corpulencia proporcionada. Comencé a recolectar y organizar mis materiales. A pesar del tiempo que llevó, recuerdo esas jornadas como una época colmada de vértigo y delirio. Por un lado, me imaginaba creando una nueva especie que me adoraría como a un dios; pensaba que mis criaturas serían seres bondadosos y felices que me deberían la más enorme gratitud. Por las noches, sin embargo, esas ensoñaciones desaparecían entre el barro de las tumbas y las espantosas muecas de los cadáveres putrefactos. El horror continuaba en mi laboratorio, en el piso superior de mi morada, donde ponía en práctica los procesos para dar aliento a la materia muerta.

Interrumpí mi correspondencia con Ginebra: tanto mi padre como Elizabeth me escribían todas las semanas, pero yo ni siquiera tenía tiempo para abrir las cartas, ni para recordar días pasados o soñar días futuros. Una vez que finalizara mi proyecto, volvería a casa, me casaría, o lo que fuera...

33 **Inerte:** sin vida.



Durante todo un año mis noches estuvieron colmadas de ansiedad. Las personas me provocaban malestar y pavor, y yo hacía todo lo posible por evitarlas. No me importaba nada más que mi proyecto. Al concluirlo, me decía, todo volvería a ser como antes. Y así llegó esa lúgubre noche de diciembre, cuando terminé de reunir todos los materiales necesarios para la fase final de mi trabajo.

Era una noche horrible de invierno. El frío me entumecía los dedos y me obligaba a manejar los instrumentos con torpeza. La lluvia golpeaba los vidrios de las ventanas, que apenas dejaban pasar la pálida claridad de los relámpagos. Y allí, sobre unas tablas, yacía aquella cosa, totalmente quieta. Cerca de la una de la madrugada, cuando las velas estaban casi totalmente consumidas, ocurrió algo que ya no podré olvidar por más que lo intente.

Algo que me convirtió en la sombra que soy.

CAPÍTULO III

Los ojos amarillos de la criatura se abrieron. Inmediatamente, un sonido hueco y espeluznante me indicó que los pulmones habían comenzado a funcionar. Luego, las extremidades se agitaron en una brutal convulsión. Recién entonces comprendí los terribles alcances de mi trabajo... ¡Santo cielo! ¿Qué había hecho?

Observé aquello... mi obra, mi maravillosa creación. El cuerpo era proporcionado y yo había trabajado arduamente combinando las facciones para que el rostro fuera hermoso... ¿Hermoso? La piel grisácea apenas si ocultaba el caos de músculos y arterias; tenía el pelo negro, ondulado y brillante, y los dientes eran blancos y perfectos... Pero allí estaban esos ojos acuosos y amarillos, demasiado claros, que apenas resaltaban en la tez apegaminada y sucia, violentamente cortada por los labios estrechos y oscuros. Era el rostro de un monstruo.

Ahí estaba mi creación... Un año de trabajo intenso y desgastante; un año de huir de los seres humanos para abocarme de lleno a la enfermiza fantasía de dotar de vida a la materia inerte. ¡Un año! ¿Y en qué se había convertido ese año? En una cosa de apariencia escalofriante... una miserable cosa que me producía horror y disgusto. Una cosa que respiraba trabajosamente...

Salí corriendo del laboratorio y pasé quién sabe cuanto tiempo yendo de una habitación a otra. Tenía los nervios destrozados, y un fuerte dolor de cabeza me impedía pensar con claridad... ¿Qué había hecho? Finalmente, el cansancio me venció y me dejé caer en la cama sin desvestirme. Quería descansar un rato, antes de tomar alguna decisión. Pero fue imposible. Dormí, es verdad, pero fui presa de las más intensas pesadillas: en una de ellas, vi cómo Elizabeth avanzaba a mi encuentro por las calles de Ingolstadt; cuando finalmente la rodeaba

entre mis brazos, descubriría con horror que se trataba de un cadáver, frío y tenso, sin expresión.

Me desperté sobresaltado... y allí estaba. Frente a mi cama, a unos pasos apenas, se hallaba de pie mi monstruosa creación. Sus ojos me miraban, fijos. Extendió lentamente el brazo, y cuando la gigantesca mano estuvo a pocos centímetros de mí, salté de la cama y corrí. ¡Quién sabe de qué terribles suplicios acababa de escapar!

Me escondí en el patio, y allí me quedé hasta el alba. Jamás he pasado una noche tan llena de terrores: cada ruido parecía anunciar la cercanía del endemoniado cadáver al que yo le había dado vida. Por momentos, el pulso me latía con tanta fuerza que sentía palpar todas mis arterias; en otros, estuve a punto de desmayarme de debilidad. A mi alrededor todo parecía girar y hundirse en una blancura cegadora... Y mientras tanto, el alma se me llenaba de desilusión. ¡Tanto esfuerzo desperdiciado! ¡Tanto trabajo inútil!

Al amanecer, vi recortarse sobre el perfil de la ciudad el blanco campanario de la iglesia. Corrí hacia allí, temiendo encontrarme en cada esquina con mi espantosa criatura. Pero no entré; seguí caminando, a pesar de que el cielo comenzaba a cubrirse de nubarrones. Al rato, frías gotas de lluvia comenzaron a correr por mi rostro, pero yo no podía volver a mi habitación, donde ese engendro quizás me aguardaba. Lo único que podía hacer era calmar mi ansiedad con la caminata e intentar extinguir el tenaz sentimiento de fracaso que me quemaba el ánimo. Anduve por todas partes; visité la fortaleza y otros edificios antiguos, para luego perderme en un arrabal lleno de galpones y casas de aspecto miserable y sucio. Finalmente, me demoré en la taberna donde se detienen los carruajes y las diligencias,³⁴ y estuve observando el movimiento de los coches que llegaban y partían.

34 **Diligencia:** carruaje que recorría periódicamente una ruta fija uniendo dos o más poblaciones.

Tocar r
Tinos, los
on a ame
Tanta ba
de cosa
r toda la
compañando

—¡Víctor Frankenstein! —exclamó una voz—. ¡Qué extraño encontrarte aquí!

Mi sobresalto duró nada más que unos segundos... Luego sentí un gran alivio. Conocía esa voz, era la de mi buen amigo Henry Clerval. Nos estrechamos las manos, y al instante olvidé mis angustias y terrores.

—Me ha costado mucho convencer a mi padre, Víctor —me informó Clerval—, pero finalmente conseguí vencer su oposición a que yo estudie, y aquí me tienes...

—Me alegro de verte —dije—. ¿Qué novedades traes?

—Tu familia está bien, aunque algo preocupada por la falta de noticias tuyas. ¿Has estado enfermo? Amigo, tu aspecto me preocupa un poco; estás pálido y extremadamente delgado... ¿Duermes bien?

—Ah, Clerval... Estaba absorbido por mis preocupaciones, pero creo que todo eso ha terminado. Ahora soy un hombre libre. Ven, te mostraré dónde vivo, y allí hablaremos...

Sin embargo, mientras hacíamos el recorrido, mis temores comenzaron a revivir. ¿Estaría aquella cosa aún en mi cuarto? ¿Qué ocurriría si Clerval la veía? ¿Cómo podría explicarle yo semejante monstruosidad?

Al llegar, le pedí a mi amigo que esperara unos minutos al pie de la escalera. Me sentía aterrado y apenas podía moverme; así y todo, subí solo y abrí la puerta de mi habitación temiendo encontrarme con lo peor... Todo parecía estar en orden, así que entré con cautela y revisé con mucho cuidado cada rincón y cada armario. La cosa no estaba. Llamé en voz alta a mi amigo invitándolo a subir y me senté sobre la cama. Comencé a reír, primero despacio, y luego a carcajadas. La habitación parecía excepcionalmente luminosa y tibia; olía a flores silvestres recién cortadas, como si la primavera se hubiera adelantado... Incluso creí escuchar una dulce melodía antes de caer al piso, inconsciente.

Aquel ataque marcó el inicio de una crisis nerviosa que me obligó a guardar cama durante varios meses, bajo los atentos cuidados de Clerval. Mi estado de salud era sumamente delicado; pero mi amigo, que no quería preocupar a mi familia y forzarla a realizar un viaje ingrato, decidió no mencionarlo en su correspondencia. Tanto mi padre como Elizabeth ya se habían acostumbrado a no recibir noticias mías.

Mi recuperación fue lenta. Recién bien entrada la primavera empecé a recobrar me, y pude disfrutar de la vista de los árboles florecidos junto a mi ventana. Los sentimientos de amor y alegría revivían en mi pecho, y al poco tiempo mi felicidad volvió a ser perfecta, como si nada me hubiera sucedido.

—Querido Clerval —dije—. ¡Has sido muy bueno conmigo! En lugar de dedicarte a estudiar, me has cuidado día y noche... Jamás podré pagarte lo que hiciste por mí.

—Tranquilízate, Víctor. No me debes nada... Sin embargo, me parece que deberías escribir a tu casa y tranquilizar a tu familia. Ahora que me acuerdo... hace unos días llegó una carta de Elizabeth... Toma.

¡Elizabeth! ¡Cómo extrañaba a mi amada Elizabeth! Rompí ansiosamente el sobre y comencé a leer. Como lo imaginé, su exquisita sensibilidad no se había dejado engañar por las palabras de Clerval, y había percibido que mi estado de salud se había deteriorado. ¡Mi amada Elizabeth! Ahora, luego de enterarse de mi recuperación, me daba noticias de mi anciano padre y de mis queridos hermanos Ernest y William. Finalmente, me exigía que le escribiera; me aseguraba que una sola palabra mía sería suficiente para calmar la ansiedad de todos...

Haciendo un gran esfuerzo, escribí a Ginebra. La fatiga me dejó postrado, pero quince días más tarde ya podía salir y efectuar algunos paseos cortos. La primera obligación que me había impuesto era presentar a Clerval ante todos los profesores de la universidad.

Tocar reg-
tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
r toda la
compañando

Waldman y Krempe me recibieron con mucho afecto y se pusieron a hablar acerca de mis investigaciones, alabando mi capacidad y mi dedicación. Naturalmente, ese tema me provocaba un profundo abatimiento. Clerval, atento a mis reacciones, hizo todo lo que estuvo a su alcance para llevar la conversación por otro rumbo. Él se daba cuenta, sin atinar a adivinar la causa, de que cualquier alusión a las investigaciones me causaba daño. Un día, sin consultarme, retiró todo el instrumental científico de mi laboratorio.

Poco a poco me di cuenta de que a Clerval no le interesaban las ciencias naturales, así que no insistí con mis presentaciones. Había venido a aprender las lenguas orientales, como el árabe y el persa, para hacer negocios con los territorios coloniales. Sus intereses siempre fueron incomprensibles para mi mente analítica.

Ya repuesto totalmente y sin nada que hacer, yo había planeado regresar a Ginebra. Sin embargo, el tiempo pasó y el invierno me halló aún en Ingolstadt. Como en esa época los caminos se volvían intransitables por la nieve, no me quedó más remedio que esperar a la primavera. Me consolé diciéndome que era muy pronto para abandonar a Clerval en aquella ciudad extraña.

¡Qué días alegres pasamos entonces! Nuestra amistad era más fuerte que nunca, como si jamás nos hubiéramos separado, ni siquiera por un día. Todo lo hacíamos juntos y encontrábamos felicidad en las más sencillas ocupaciones y en los más despreocupados paseos. Pasábamos horas hablando, y nunca nos aburríamos. Bien entrada la primavera, que fue excepcionalmente encantadora, organizamos una excursión por el campo: esa sería nuestra despedida.

Fueron quince días inolvidables.

Cuando regresamos a Ingolstadt, un domingo por la tarde, me entregaron una carta de mi padre. ¡Ay! Yo no estaba preparado para las horribles noticias que iba a encontrar en ella.

CAPÍTULO IV

Ginebra, 12 de mayo de 1791

Querido Víctor:

No te escribo para reprocharte tu retraso ni la falta de noticias a la que nos has acostumbrado. Te conozco bien; sé que la larga ausencia no puede haberte hecho indiferente a nuestras penas y alegrías, y estas líneas tienen una finalidad muy simple y muy triste: debo prepararte para una noticia terrible.

No me extenderé: tu hermano William ha muerto. Ese buen chico, que se había convertido en la alegría y el consuelo de mi vejez, tan alegre y afectuoso, ha muerto. No pretendo consolarte con estas líneas. Me limitaré a decirte cómo ocurrió.

El jueves 7 de mayo realizamos un paseo hasta Plainpalais³⁵ con Elizabeth y tus dos hermanos. La tarde era agradable y por eso la salida se extendió. Al anochecer, cuando planeábamos regresar, llamamos a William y Ernest. Pero solo apareció Ernest, preguntándonos si habíamos visto a su hermano, del que se había separado hacía ya un rato largo.

Gritamos su nombre y nos dividimos para buscarlo, pero no tuvimos suerte. Bien entrada la noche, volvimos a casa por si el chico había decidido regresar por su cuenta. No estaba allí, así que nos encaminamos nuevamente al campo, esta vez con antorchas.

35 **Plainpalais:** sitio de recreo, cercano a Ginebra.



A eso de las cinco de la mañana encontré su cadáver tirado en el césped. En el cuello presentaba las marcas del asesino.

Lo llevamos a casa. Elizabeth lo revisó y se dio cuenta de que le faltaba una valiosa medalla que ella le había regalado, con un retrato en miniatura de tu pobre madre. Eso le produjo una gran conmoción, y todavía se culpa por la muerte de tu hermano; supone que el asesino actuó para quedarse con la medalla. ¿Es eso posible, Víctor? ¿Puede existir tanta maldad?

Hijo mío, te pido que regreses inmediatamente. La desgracia ha golpeado de nuevo esta triste casa y necesitamos el consuelo de verte entre nosotros. Vuelve, te lo suplico.

Tu padre apenado, que tanto te quiere

ALPHONSE FRANKENSTEIN

Inmediatamente preparé el viaje. Partí apurado, impaciente por consolar a mi querida familia.

La noche estaba muy avanzada cuando llegué a las afueras de Ginebra. Las puertas de la ciudad ya estaban cerradas y tuve que alojarme en la posada de una pequeña aldea cercana. El cielo estaba sereno, y como no podía dormir, decidí visitar el sitio donde había sido asesinado mi pobre hermano. Crucé hasta Plainpalais en bote. Durante el corto recorrido, densas nubes cubrieron el cielo y una fugaz danza de relámpagos se desató en la cima del Mont Blanc.³⁶ Al desembarcar, trepé a una pequeña colina para observar el desarrollo de la tormenta; unas gotas ligeras preludiaron lo que pronto se transformó en un violento diluvio.

Entonces, entre unos árboles cercanos, divisé una figura oculta.

36 **Mont Blanc:** cumbre de los Alpes, entre Francia e Italia, con 4810 m de altura.

Un relámpago recortó por un segundo la gigantesca silueta, que no podía ser la de un humano... En ese instante supe que mi odiada creación, esa cosa infernal, había matado a mi indefenso hermano... Sentí que las piernas no soportaban mi peso y, milagrosamente, logré aferrarme a un árbol mientras la criatura, con sobrenatural agilidad, desaparecía de mi vista. ¡Hubiera dado la vida por perseguirla! Pero me fue imposible. Un segundo relámpago la iluminó mientras trepaba el monte Salève³⁷ como quien salta una cerca.

Habían pasado casi dos años desde la fatídica noche en que yo había dado vida a esa cosa. Dos años había tardado en reponerme de esa horrible y agotadora experiencia... ¡Ya me era totalmente ajena y extraña! Sin embargo, allí estaba... ¿Sería ese su primer crimen? Comprendí entonces que había lanzado al mundo un ser malvado, deseoso de sangre y de muerte.

Nadie puede imaginar la angustia que sufrí durante el resto de la noche, empapado y helado. Me encaminé hacia la casa de mi padre con la idea de revelar todo lo que sabía acerca del asesino, pero de inmediato deseché aquel proyecto: ¿quién creería semejante historia, contada por alguien que acababa de salir de una crisis nerviosa? Me tomarían por loco y se burlarían de mí. Callar era lo más adecuado.

37 **Salève:** monte de Francia, próximo a la ciudad suiza de Ginebra; posee 1380 m de altura.

Tocar reg-
tinos, los
on a ame
Tanta bar-
de cosa
r toda la
comparando

CAPÍTULO V

Llegué a la casa de mi padre muy temprano. El primero en despertarse y salir a mi encuentro fue Ernest.

—Bienvenido, hermano —me saludó—. Ojalá hubieras venido tres meses atrás, cuando aún éramos felices. Ahora tendrás que compartir nuestra pena...

Los ojos se le llenaron de lágrimas y no pudo terminar la frase. Intenté distraerlo preguntándole por Elizabeth.

—Ella no encuentra consuelo —continuó, haciendo un enorme esfuerzo—. No deja de decir que, si no hubiera sido por ella, William viviría. De todos modos, desde que se descubrió quién lo mató...

Sentí que las piernas, nuevamente, dejaban de sostenerme. ¿Ya se sabía todo? ¿Acaso la criatura había mencionado mi nombre?

—¿Descubrieron al asesino? —grité alarmado, mientras me apoyaba contra el escritorio—. ¡Santo cielo! ¿Cómo puede ser? ¿Y para qué? No creo que nadie se atreva a perseguirlo, y por otra parte, sería inútil... ¡Yo mismo lo vi anoche!

—No sé de qué estás hablando —dijo Ernest, mirándome como a un enajenado³⁸—. ¿No sabes que Justine Moritz está acusada por el asesinato? ¿Puedes creerlo? Nuestra propia criada... a la que Elizabeth trataba y adoraba como a una hermana menor.

—¿Justine Moritz? Pobrecita... Imagino que debe ser un error... Bueno, si se la acusa, deben existir pruebas, ¿verdad?

—Cayó enferma después del asesinato, y se mantuvo aislada por varios días. Entre sus cosas encontraron la medalla que le habían sacado a William...Y ella no es capaz de explicar cómo llegó ahí.

38 **Enajenado:** loco.

En aquel momento entró mi padre. Se lo veía destrozado por el dolor. Elizabeth lo acompañaba; su belleza se mantenía, pero ahora era diferente. Su semblante reflejaba una gran amabilidad y una profunda inteligencia.

—Tu llegada me llena de esperanza, Víctor —dijo Elizabeth, mientras me tomaba las manos—. Ojalá puedas ayudarnos a demostrar que nuestra querida Justine es inocente. Luego de perder a William, no puedo dejar que la condenen. No sé si podré ser feliz luego de tantas desgracias...

—No te preocupes, Elizabeth —la conforté—. Justine es inocente y será absuelta. Yo lo demostraré.

—¡Tu bondad y tu decisión me llenan de orgullo! —concluyó mi padre.

Unos días después, se llevó a cabo el juicio. Acompañé a mi padre y al resto de la familia, quienes debían comparecer³⁹ como testigos. Yo sabía que aquello era una farsa de justicia, y esa certeza me hacía sufrir intolerablemente. ¡Hubiera preferido mil veces confesarme culpable del crimen que se juzgaba, antes que presenciar ese juicio! Pero me encontraba ausente cuando se cometió el asesinato... Nadie me creería.

Justine parecía tranquila. Iba de luto, y la seriedad de su expresión le daba a su rostro una belleza conmovedora. Cuando nos vio en la sala, los ojos se le llenaron de lágrimas; creo que se sentía avergonzada.

El juicio comenzó. Los fiscales expusieron el caso y casi inmediatamente fueron llamados uno por uno los testigos. Extrañas coincidencias conspiraban contra Justine, y debo confesar que, si yo no hubiera conocido exactamente la identidad del asesino, habría terminado sospechando de ella. Durante la noche del crimen había estado

39 **Comparecer**: presentarse ante las autoridades.

fuera de casa, y poco antes del amanecer una mujer la había visto en las cercanías del sitio donde se halló el cadáver. En ese momento la mujer la interrogó, y solo obtuvo de la acusada respuestas incoherentes y evasivas. A las ocho de la mañana, Justine regresó a casa y preguntó si habían encontrado al niño. Cuando le mostraron el cadáver tuvo un violento ataque de nervios que la obligó a guardar cama durante varios días. Fue entonces cuando otro sirviente halló la medalla entre sus pertenencias y la denunció.

Luego de un breve receso llamaron a Justine. Su aspecto despertaba compasión; la serenidad se había esfumado de su rostro. La voz, entrecortada, parecía estar a punto de quebrarse a cada instante.

Según declaró, Elizabeth la había autorizado a pasar la tarde del fatídico 7 de mayo en casa de una tía en Chêne, una aldea próxima a Ginebra. Cuando volvía, un hombre le preguntó si había visto al niño perdido. Alarmada por la noticia, se puso a buscar a William. Tras algunas horas de deambular sin resultados, intentó volver a casa pero las puertas de la ciudad ya estaban cerradas. Entonces buscó refugio en un cobertizo; era demasiado tarde como para llamar en cualquier casa y despertar a los ocupantes. Aproximadamente dos horas más tarde, y sin haber podido dormir por la ansiedad, reinició la busca. Recordó que una mujer le había hecho preguntas, pero atribuyó su aturdimiento a la falta de sueño y a la preocupación por William. Respecto a la medalla, no pudo dar ninguna explicación.

—Quizás alguien la puso en el bolsillo de mi abrigo —declaró—. Pero me parece poco probable; yo no tengo enemigos...

Luego, fueron llamados varios testigos de la defensa que conocían bien a Justine. Todos hablaron bien de ella, pero ninguno se mostró demasiado convincente. Furiosa ante tanta cobardía, Elizabeth solicitó declarar.

—Me crié con el pobre William —dijo—, ya que fui educada por sus padres desde antes que él naciera. Podrá parecerles extraño que declare a favor de la acusada, pero me avergüenza la conducta que

acabo de presenciar. Justine es huérfana y comenzó a servir en nuestra casa hace muchos años; la conozco bien y puedo dar fe de su bondad. En todo este tiempo, siempre se mostró como la más amable de las criaturas. Cuidó con el mayor afecto a la señora Frankenstein durante su enfermedad, y veló por el bienestar del pobrecito William... Justine es inocente; este tribunal está en un error. En cuanto a la prueba principal, a la medalla, ella bien sabe que William se la hubiera regalado gustosamente si se la hubiese pedido...

Un murmullo de aprobación coronó la declaración de Elizabeth. Justine lloraba conmovida, mientras yo sentía que mi angustia crecía hasta volverse intolerable. ¿Tan malvada era mi creación que, tras matar a mi hermano, era capaz de involucrar con una vil artimaña a una joven inocente? Me sentía horrorizado... Salí corriendo del tribunal; no creo que la pobre Justine haya sufrido tanto como yo en ese momento. Ella, al menos, tenía su inocencia.

Pasé la noche envuelto en horribles pesadillas, y a la mañana siguiente me dirigí al tribunal para conocer la sentencia. Tenía la boca seca y la cabeza a punto de estallar; esperaba lo peor, y eso fue lo que escuché: Justine había sido declarada culpable.

Nos entrevistamos con infinidad de funcionarios de los tribunales, pero la dulzura de Elizabeth no fue suficiente para ablandar esos áridos corazones. Fueron inútiles ante ellos mis apasionadas e indignadas protestas. Ante los crudos e insensibles razonamientos de esos hombres, se heló en mis labios la confesión que estaba decidido a realizar. Esos crueles funcionarios se limitarían a tomarme por loco y nunca revocarían⁴⁰ la injusta sentencia.

¡La monstruosa criatura a la que yo había dado vida ya se había cobrado dos víctimas inocentes!

40 **Revocar:** dejar sin efecto una resolución.

Tocar reg-
tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
toda la
comparando

CAPÍTULO VI

Tan impresionado había quedado por las tragedias que cayeron sobre mi familia, que por un tiempo fui incapaz de realizar la más mínima actividad. Acosado por la pena y el insomnio, estaba convencido de que no tardarían en desencadenarse otras terribles desgracias.

Había encarado mis estudios lleno de buenas intenciones y aguardaba con impaciencia el momento de poner en práctica todo lo que había aprendido para ser útil a mis semejantes. Sin embargo, ahora me hallaba hundido en el dolor más espantoso, y ese sentimiento comenzaba a afectar mi salud.

Mi padre observaba con pesar el cambio que se había producido en mi carácter. El pobre anciano intentaba darme ánimos...

—¿Acaso crees que yo no sufro, Víctor? —me decía, con lágrimas en los ojos—. Pero es nuestro deber consolarnos, y no aumentar la pena de los otros exagerando el dolor propio. Tienes obligaciones, hijo: contigo y con la sociedad... No las eludas.

Este consejo, aunque bien intencionado, no se adecuaba a mi caso. Yo podía ocultar mi pena, pero me era imposible librarme del remordimiento y del temor a que descubrieran que yo era el causante de tantos sufrimientos.

Afortunadamente, durante una temporada nos trasladamos a nuestra casa en Belrive, donde yo podía entretenerme paseando por los alrededores. Cuando el tiempo era bueno, pasaba varias horas remando por el lago, o me dejaba mecer en el bote, disfrutando del paisaje y del suave murmullo del agua.

El ambiente de la casa, de todos modos, se me hacía insoportable.

El dolor y el luto estaban en todos lados. La salud de mi padre se había deteriorado mucho y Elizabeth era pura tristeza y abatimiento.

Una mañana tormentosa emprendí la subida al Montanvert.⁴¹ Desde la primera vez que vi aquel ventisquero,⁴² experimenté una sensación sublime. La contemplación de la naturaleza, imponente y majestuosa, ha tenido siempre la virtud de ayudarme a olvidar las preocupaciones de la vida. Iba sin guía. Sentía que la presencia de un extraño hubiera echado a perder la solitaria grandeza del paisaje.

Un sendero sinuoso permite ascender por la pendiente. La desolación rodea al montañista; la huella de los aludes⁴³ se adivina a cada paso entre restos de árboles destrozados y enormes rocas arrancadas de cuajo. Hay que andar en silencio y con cuidado, ya que la menor vibración puede provocar una fatal avalancha. La vista se vuelve más agradable cuando se alcanzan los tramos superiores. Desde allí, el valle cubierto de nubes aparece como una enorme esmeralda vetada por el azul de los arroyos.

Era casi mediodía cuando llegué al fin del sendero. Descansé sobre una roca, mirando el mar de hielo que me rodeaba. El ventisquero tenía alrededor de cinco kilómetros de ancho y lo crucé con la intención de llegar hasta una roca desnuda y perpendicular, desde la cual se podía observar el pico del Montanvert y, más lejos, el Mont Blanc.

El terreno era escarpado y peligroso, y por eso tardé más de dos horas en llegar. Una vez que estuve allí, permanecí un buen rato contemplando los increíbles tonos que el sol pinta en esas extensiones de hielo. A cierta distancia, una forma que se movía me llamó la atención: alguien avanzaba velozmente por las irregularidades del terreno que

41 **Montanvert:** uno de los glaciares del Mont Blanc.

42 **Ventisquero:** en las altas montañas, sitio en donde se conservan la nieve y el hielo.

43 **Alud:** gran masa de nieve que se desprende de las cimas de las montañas y cae por la pendiente.



yo había tenido que cruzar con tantas precauciones. ¡A pesar de la distancia, se veía que su estatura era gigantesca! Estuve a punto de desmayarme, pero el frío intenso me devolvió el sentido. ¡Allí estaba esa cosa! Temblé de rabia y de horror, decidido a enfrentarlo en una batalla a muerte.

Cuando lo tuve a pocos pasos, observé que su expresión reflejaba una angustia amarga, pero también odio. Su espantosa fealdad hacía imposible soportar su presencia.

—¿Cómo te atreves a acercarte a mí, demonio? —grité—. ¿Acaso no temes mi venganza...? Aunque nada de lo que yo pueda hacerte traerá de vuelta a tus víctimas...

—¡Mira qué recibimiento me das! —dijo—. Tú, mi creador, me desprecias, a pesar de que soy tu obra. Dices que quieres matarme... ¿No te cansas de jugar con la vida y la muerte?

—¡Monstruo! —exclamé, dominado por la ira—. El infierno será un castigo demasiado pequeño para tus crímenes... ¡Prepárate para morir!

Salté sobre él, pero con una agilidad sobrehumana esquivó mi ataque.

—¡Tranquilízate! Lo único que quiero es que cumplas tu deber para conmigo. Entonces, yo cumpliré el mío hacia ti y el resto de la humanidad. No trates de luchar contra mí; me has hecho poderoso. Podría matarte con facilidad. Por favor, no seas injusto. Solo quiero que me escuches...

—¡Vete! Somos enemigos mortales —dije.

—Vamos, Frankenstein, te pido que seas razonable. Mi aspecto es grotesco; todos me temen. Huyen de mí. Estoy solo y mi vida es increíblemente miserable... Pero tú me has creado y puedes hacerme feliz.

—Lo único que deseo es no verte más...

—No me verás más si me escuchas y te compadeces de mí. Quiero que conozcas mi historia y escuches mi pedido. Luego desapareceré.

Me hizo una seña para que lo siguiera. A pesar de mi horror y mi repugnancia, su propuesta me resultaba interesante. Quizás la pesadilla podía terminar de una vez por todas. Por otra parte, sus palabras me habían conmovido: pensé que, siendo su creador, yo tenía deberes y obligaciones que cumplir. Hacerlo feliz era una de ellas.

El monstruo se metió en una cueva, y tras echarme una mirada que trataba de ser gentil y expresar buenos sentimientos, me indicó que entrara. El sitio era grande y parecía haber sido utilizado antes como refugio. Con increíble destreza, la criatura encendió una gran fogata. Nos sentamos al calor de las llamas.

Entonces empezó su relato.

CAPÍTULO VII

Tengo recuerdos muy borrosos de los días que siguieron a mi aparición en el mundo. Todo es confuso. Sé que de pronto percibí una luz resplandeciente, y luego me di cuenta de que podía evitarla cerrando los ojos. Entonces conocí la oscuridad, que me asustó. Volví a abrir los ojos y allí estaba la luz de nuevo.

Me moví. Descubrí que podía andar en libertad. Anduve mucho tiempo. Caía agua del cielo; me resguardé entre un montón de árboles, junto a un arroyo. Sentí fatiga, y luego hambre. Me llevé a la boca las diversas cosas que había allí: tierra, frutos, piedras, raíces... Aprendí que no todo es comestible. Luego dormí.

Cuando desperté estaba oscuro y tuve miedo. Me sentía muy indefenso, rodeado de peligros y sonidos que no comprendía. Lloré por primera vez. Nadie se acercó a consolarme.

Un disco rojizo apareció en el horizonte y la oscuridad comenzó a disiparse. La luz me dio un poco de tranquilidad. Me levanté y me puse a caminar en busca de comida. El sol ya estaba alto y sentí calor. También escuché infinidad de ruidos. Veía formas y colores que no podía descifrar. Me senté bajo un árbol; todo era confusión. La luz desapareció y la visión de la luna llena me agradó mucho.

Pasaron días y noches, y el disco lunar estaba muy disminuido cuando comencé a comprender el mundo que me rodeaba. Ya distinguía el líquido que calmaba la sed, las cosas que aplacaban el hambre y los árboles que daban cobijo. Unos sonidos muy armoniosos, que me gustaban, eran producidos por unas pequeñas criaturas aladas que vivían en los árboles. Los ruidos que salían de mi boca no eran armónicos; guardé silencio.

Una fría mañana hice un gran descubrimiento. Entre unas piedras encontré unos leños encendidos. Despedían calor; era muy agradable. Intenté agarrarlos para llevarlos conmigo, pero al tocarlos sentí dolor. Examiné mejor mi hallazgo y descubrí que estaba compuesto solamente por ramas. Reuní varias más y las puse al fuego. Como estaban mojadas, no ardieron, y me sentí desilusionado. Pero al rato las ramas se secaron y se encendieron. Comprendí lo que sucedía. Junté más ramas secas y las guardé de reserva. Luego sopló el viento y el fuego se avivó. Recordé eso.

Por la noche, observé que el fuego también proporcionaba luz. Eso me alegró. También me di cuenta de que servía para mejorar el gusto de algunas comidas. El fuego me resultaba sumamente útil; por eso lo cuidé muy bien para que no se extinguiera. Era mi principal preocupación.

Pero el alimento comenzó a faltar. Me pasaba el día buscando en vano nueces. Entonces decidí partir hacia otro sitio, donde hubiera abundancia. Después de mucho pensar y pensar, no descubrí el modo de trasladar el fuego. Tuve que dejarlo. Caminé tres días y llegué a campo abierto. Comenzó a caer nieve y todo se cubrió de color blanco. Sentí mucha tristeza por la desolación que me rodeaba.

Una mañana, hambriento y casi congelado, descubrí algo que me llamó la atención. Era una choza. La examiné atentamente. Tenía una puerta; la abrí. Adentro había un fuego, y un hombre viejo. Al verme gritó, y luego huyó. Entré: allí no había ni lluvia ni frío, y el piso estaba seco. Encontré comida que nunca había visto antes, y la devoré; me agradó más que las raíces. Luego me acosté y me dormí.

Desperté al mediodía. Había sol, así que decidí seguir camino. Metí la comida sobrante en una bolsa y la llevé. Caminé durante horas a través de los campos cubiertos de nieve. De pronto, ante mí apareció algo maravilloso: chozas y casas alineadas unas

Tocar ro-
tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
Toda la
comparando

junto a las otras. Vi huertos y vi comida en las mesas. Sentí hambre. Entré en una de las casas más grandes. Los niños comenzaron a gritar y una mujer se desmayó. Vinieron muchos hombres con palos y piedras. Me atacaron. Sentí dolor y miedo. Me escapé al bosque, herido.

Tras mucho andar encontré un miserable cobertizo al lado de una cabaña. Era una construcción baja en mal estado. Tuve que entrar agazapado, y apenas podía estar sentado en el interior. El viento se filtraba por numerosos huecos, pero al menos el piso estaba seco. Dormí hasta que me sentí repuesto.

Al alba desperté y revisé el lugar. El cobertizo se apoyaba contra la pared de la cabaña habitada. Estaba entre un chiquero y un estanque. Me pareció que podía utilizarlo como refugio por un tiempo largo. Comparado con los campos helados, era excelente. Cubrí el piso con pasto seco. Tapé los huecos con barro y piedras para no ser descubierto, ya que había personas cerca. Y yo recordaba muy bien cómo me habían tratado en las oportunidades anteriores...

Conseguí algo de comer y me oculté en el refugio. Me recosté. Escuché pasos y espí por una rendija en la pared: era una muchacha que llevaba un balde vacío. Al rato volvió con el balde lleno de leche. Un hombre joven, de aspecto triste, salió de la cabaña para ayudarla. Más tarde, el joven volvió a salir y tardó mucho en regresar.

La pared que la cabaña y el cobertizo compartían era irregular. Una parte era de rocas grises que dejaban pasar calor: allí estaba la chimenea. Otra parte era de barro, y otra de madera. Había infinidad de grietas y pequeños agujeros por los que yo podía mirar. Al otro lado había una habitación pequeña y limpia. No tenía muebles. Frente a la chimenea, había un viejo sentado en un banco, con la cabeza entre las manos. Parecía muy infeliz. Al rato la muchacha del balde se acercó

y le dio un objeto extraño. El viejo comenzó a manipularlo y enseguida escuché la más dulce melodía. Ningún pájaro podía superar aquel sonido. Era hermoso.

El espectáculo me llenó de alegría. El viejo de cabello blanco y rostro manso despertó mi simpatía; la muchacha, que era muy bella, despertó mi amor. Noté que la dulce melodía arrancaba lágrimas de los ojos de ella; tras un fuerte sollozo, el viejo interrumpió la música y la abrazó para consolarla. Aquello me produjo una rara sensación: una mezcla de dolor y bienestar que jamás había experimentado. Era agradable.

Al rato entró el joven cargando leña. Dejó sobre la mesa un paquete que contenía unos pocos alimentos. De inmediato fue al huerto a trabajar.

Luego de la caída del sol, el interior de la cabaña se iluminó. Tenían velas. Los tres habitantes se reunieron para comer. Parecían ser felices: sonreían. Más tarde, el anciano tocó una nueva melodía, más agradable y alegre que la anterior. Estuvieron un buen rato así. Luego apagaron las velas y dejé de verlos.

Esas personas se trataban con mucho afecto. Me hubiera gustado acercarme a ellos, pero no me atreví. Decidí quedarme en mi escondrijo durante un tiempo, para observarlos y tratar de entenderlos. Eran muy distintos a los aldeanos que me habían atacado.

En los días siguientes observé que el joven salía a trabajar al bosque mientras la muchacha se ocupaba de las tareas hogareñas. El anciano era ciego. El afecto que los unía a los tres era fuerte e invariable.

Sin embargo, algo malo les sucedía. Los jóvenes a menudo salían y regresaban con lágrimas en los ojos. El anciano, en soledad, no escondía la tristeza. Si ellos, que eran encantadores, no lograban la felicidad... ¿qué quedaba para mí?

Ellos poseían una cabaña que a mí me parecía estúpida,



tenían fuego en la chimenea, tenían comida y ropa, y se hacían compañía. ¿Qué podía faltarles? ¿Qué les causaba dolor?

Tardé mucho tiempo en entender que la causa de sus sufrimientos era la pobreza. Sus alimentos se reducían a verduras y leche. A veces, los jóvenes se quedaban sin comer para poner algo en el plato del anciano. Esa actitud me conmovió, y desde entonces intenté ayudarlos. Por las noches, abandonaba mi refugio para conseguirles leña. Utilizaba sus propias herramientas. La primera vez que el joven encontró la pila de leña junto a la puerta, se sorprendió mucho. Entonces tuvo más tiempo para dedicarse al huerto y para reparar la cabaña.

Por esa época realicé un descubrimiento notable: los sonidos que emitían las personas expresaban ideas. Se comunicaban. Las palabras podían producir risa o tristeza. Comencé a imitar esos sonidos. Poco a poco, fui logrando algunos resultados. Tras mucho observar, escuchar y pensar, pude aplicar correctamente las palabras *fuego*, *leche*, *pan* y *leña*. Descubrí, también, que los habitantes de la cabaña tenían nombres. El viejo tenía uno solo: *padre*. A la muchacha le decían a veces *hermana* y otras veces *Agata*. El joven era *Félix*, *hermano* o *hijo*.

Otro descubrimiento importante para mí fue la lectura. El trabajo de Félix disminuyó con el avance del invierno, y él empezó a pasar las tardes leyendo para los otros dos. Tardé mucho en darme cuenta de que transformaba en palabras los signos que veía en el libro. De todos modos, la mayor parte de lo que leía me resultaba incomprensible. Por entonces, yo ni siquiera lograba entender una conversación completa.

Sabía que la palabra me sería necesaria si quería presentarme ante los moradores de la cabaña: debía ser capaz de expresar mi naturaleza. Yo me había visto en el agua quieta del estanque y me daba cuenta de que era diferente. Las primeras veces, mi reflejo me espantó. Sentía mucha pena por ser monstruoso, pero

por entonces no llegaba a darme cuenta de las consecuencias que mi deformidad traería.

Poco a poco, los días se alargaron y la nieve desapareció. Félix comenzó a trabajar más tiempo en la huerta y se terminó el hambre en la cabaña. El resurgimiento de la naturaleza me afectó positivamente: todo parecía posible bajo el cálido sol y el arrullo de los pájaros. El futuro no podía traer más que cosas buenas.

Y sin embargo, la vida en el refugio era monótona. Por la mañana observaba a los moradores de la cabaña mientras ejecutaban sus tareas. Luego dormía; al despertar continuaba con mis observaciones y mis cavilaciones. Intentaba imitar algunos gestos y sonidos. Por la noche, salía a recolectar mis alimentos y la leña para la cabaña. A mi regreso, limpiaba de nieve el camino o realizaba otras tareas que había visto hacer a Félix. Aquellos servicios causaban gran sorpresa. En esas ocasiones, pronunciaban las palabras *espíritu bueno*... Tardé en comprenderlas.

CAPÍTULO VIII

Llego ahora a la parte más dolorosa del relato. Lo que pasó entonces fue lo que me hizo tal y como soy ahora.

Era una tarde de primavera; hacía frío aún y mis vecinos estaban reunidos junto al fuego. El anciano tocaba música y Félix parecía más triste que nunca. Ágata estaba ocupada con sus labores de costura. Cuando empezaba a anochecer, escuché los cascos de un caballo en el camino. Luego, golpes en la puerta.

Alguien que yo nunca había visto antes entró en la casa. Se trataba de una mujer joven vestida con ropa oscura. Su rostro era muy hermoso. Tenía el cabello negro y muy brillante. Los ojos expresaban bondad. No comprendí sus palabras, excepto cuando mencionó el nombre de Félix.

El joven pareció sorprenderse al verla. La tristeza desapareció; estaba muy emocionado. Tomó las manos de la joven y la llamó “mi querida árabe”. Luego la presentó al resto de la familia. Todos fueron muy corteses, pero parecían no comprenderse bien.

Más adelante me di cuenta de que la recién llegada hablaba otra lengua. Sin embargo, ese hecho no afectó la enorme felicidad que había invadido la casa. Además, durante la comida, Félix comenzó a enseñar su idioma a la joven. Inmediatamente noté que yo también podía aprovechar las clases y presté más atención. Esa noche las lecciones se limitaron a palabras que yo conocía, pero en los días sucesivos aprendí mucho. Gracias a ellas puedo hablar ahora.

La joven se llamaba Safie. Aprendía todo lo que le enseñaba Félix. A los pocos días comenzaron las clases de escritura. El



libro utilizado era *La ruina de los imperios*, de Volney.⁴⁴ A medida que avanzaba la lectura del texto, Félix explicaba el sentido de las frases. De este modo, junto con mis primeras letras también aprendí historia. Supe de los gobiernos, las costumbres de distintos pueblos y las religiones. Conocí a los asiáticos, a los griegos y a los romanos. Luego me enteré de las maravillas de la caballería y los reyes. También tuve noticias de América.

Esas narraciones me confundieron. ¿Realmente era el hombre un ser tan poderoso, virtuoso, magnífico, y a la vez tan lleno de bajeza y maldad? ¿Cuál era su verdadera naturaleza? No comprendía cómo las personas podían resignarse a ser viles, cuando podían optar por la nobleza y la bondad. Los hechos de violencia, el robo y el engaño se repetían en todas las épocas y en todos los sitios; escucharlos una y otra vez me producía desagrado. El bien y el mal parecían tener causas remotas, ajenas a la voluntad de las personas.

Pensé en mí. ¿Qué era yo? No tenía dinero, amigos ni propiedades. Mi aspecto grotesco y espantoso me separaba de los hombres y de las mujeres. Sin embargo, era más poderoso que cualquier persona y no necesitaba casi nada para subsistir. Ni el frío ni el calor intenso me afectaban tanto como al resto. Mi tamaño era muy superior al de los demás. Pero miraba a mi alrededor y no veía a otro como yo. ¿Era acaso un monstruo? ¿Era un ser único, destinado a causar espanto y rechazo?

A medida que aprendía, me iba haciendo más y más preguntas. ¿Dónde estaban mis parientes? ¿Había tenido padres? Mi vida anterior era una noche cerrada, imposible de recordar. La memoria me decía que yo siempre había sido del mismo tamaño y las mismas proporciones. Nunca había visto a ningún

44 **Conde de Volney:** escritor, filósofo e historiador francés, nacido en 1757 y fallecido en 1820.

otro ser semejante a mí. Jamás habían existido lazos que me unieran a alguien.

¿Quién era yo?

No lo sabía. En cambio, con el tiempo, fui descubriendo la historia de mis amigos. Desde el momento en que aprendí a leer, ya no pude saciar mi hambre de conocimiento. Cuando la cabaña quedaba vacía, yo entraba y me llevaba algún libro, que luego devolvía. Más tarde, descubrí algo asombroso: las cartas. Las personas comunicaban por escrito ideas y sentimientos a sus amigos. Para mí, leer la correspondencia de las personas que me rodeaban era como mantener largas conversaciones con ellas. Leía sus cartas con devoción, y llegué a copiar algunas. Así conocí su historia.

El anciano se llamaba De Lacey. Descendía de una familia noble de Francia, país en el que había vivido muchos años. Educó a su hijo para servir a la patria, y a Ágata para relacionarse con otras damas nobles. Unos meses antes de mi llegada vivían en una ciudad llamada París, rodeados de amigos, distracciones y una gran fortuna.

Al parecer, el padre de Safie había sido el causante de la desgracia de mis amigos. Era un mercader turco establecido en París que, por alguna razón, se vio perseguido por el gobierno. Fue encarcelado el mismo día en que su hija llegaba de Constantinopla.⁴⁵ Tras un breve proceso, fue condenado a prisión perpetua.

Se decía en París que el hombre era inocente, pero que su riqueza había despertado la codicia y el odio de algunos funcionarios. Félix había presenciado el juicio y, horrorizado ante la injusticia, se había jurado liberar al prisionero.

45 **Constantinopla:** ciudad de Turquía, actualmente llamada Estambul. En la época en que se sitúa la acción de la novela, era la capital del Imperio Otomano.

Tochar rgo-
Tinos, los
on a ame
Tanta ba
de cosa
r toda la
comañando

Mientras planeaba la evasión del mercader, el joven conoció a Safie y quedó prendado de su belleza y su inteligencia. La visitaba seguido para ponerla al tanto de sus gestiones y le escribía extensas cartas. Para demostrar su compromiso con la causa, involucró a su padre en la aventura, sabiendo que el nombre de De Lacey y su fortuna le permitirían obtener el apoyo de algunos funcionarios. Safie, por su parte, admiraba la decisión y el valor del joven, y no tardó en enamorarse de él.

Finalmente, Félix obtuvo la liberación del prisionero. Luego, con pasaportes falsos, lo hizo cruzar hasta Livorno.⁴⁶ Y allí quedó el mercader esperando pasar a los dominios turcos, en compañía de su hija y su salvador.

A medida que transcurrían los días, el fugitivo parecía alentar las ilusiones de los enamorados. Pero lo cierto es que no toleraba la idea de que su hija se casara con un cristiano. Sin embargo, no quería provocar el resentimiento de Félix, que podía aún entregarlo a las autoridades italianas. Así, postergaba la salida hacia su tierra natal mientras buscaba el modo de librarse de su salvador. Y la oportunidad llegó junto con unas terribles noticias de París.

La policía no había tardado en descubrir a los involucrados en la fuga. De Lacey y Ágata estaban en prisión, y Félix se vio obligado a volver a París para ayudar a su familia. Le pidió a Safie que lo esperara en un convento de Livorno si su padre finalmente regresaba a los dominios turcos. Entonces se despidió de su amada y partió.

Pero nada pudo hacer Félix en París. Lo encarcelaron y, cinco meses más tarde, lo llevaron a juicio. Él y su familia fueron condenados al destierro;⁴⁷ la fortuna de su padre fue confiscada.

46 **Livorno:** ciudad de Italia, sobre el mar Mediterráneo.

47 **Destierro:** castigo que consiste en expulsar a alguien de un territorio determinado, para que viva fuera de él.

Félix volvió a Livorno esperando encontrar ayuda, pero el fugitivo y su hija habían desaparecido. Nadie sabía nada de ellos.

Así fue como De Lacey y sus hijos fueron a parar a la maltrucha cabaña en suelo alemán donde los encontré, viviendo en la pobreza.

Sin embargo, las buenas acciones tenían su recompensa. Safie se había ido de Livorno engañada por su padre. Según él, Félix los había delatado a cambio de una importante recompensa. La muchacha quedó con el corazón destrozado. Pero unos meses más tarde, en Constantinopla, Safie había conocido la verdad. Un viajero francés le contó el drama de Félix y su familia. Todo París hablaba del virtuoso joven que, por el amor de una extranjera, había arrastrado a su familia a la pobreza y al destierro, para luego ser abandonado y engañado... Una verdadera tragedia.

Safie lloró mucho y se dijo que no perdonaría la maldad de su padre. Se embarcó en secreto hacia Alemania, dejando atrás su riqueza y su posición social. Y una tarde de primavera, llegó por fin a la cabaña de Félix.

CAPÍTULO IX

Durante los meses que siguieron, la vida en la cabaña se volvió más alegre. Ágata y Félix pasaban horas conversando con Safie o realizando largos paseos; no los vi llorar ni una vez. Hasta De Lacey parecía más sosegado, y solamente tocaba melodías alegres. Aquel verano fue, por muchas razones, encantador. En esa época descubrí el secreto de mi origen.

Fue por casualidad. Antes de aprender a leer, los papeles no me habían interesado jamás. Por eso, una libreta llena de anotaciones permaneció mucho tiempo olvidada en el bolsillo del abrigo que me llevé al abandonar tu laboratorio. De haber aprendido antes cómo hacer fuego, el secreto se habría convertido en cenizas... y seguramente yo hubiera sido más feliz.

Leí las anotaciones una mañana. Describían los cuatro meses previos a mi creación. Allí estaban los fundamentos científicos que me dieron la vida, perfectamente descriptos y detallados en todo su horror.

Un profundo odio me dominó. Maldije a mi creador, que por entonces no era para mí más que un nombre: *Víctor Frankenstein*. ¿Por qué había tenido que hacerme monstruoso? ¿Por qué había decidido que yo fuera un ser de pesadilla, condenado al desprecio?

La soledad me producía cada día más sufrimiento. Tenía la necesidad urgente de presentarme en la cabaña y darme a conocer a mis amigos. Necesitaba ser tratado como una persona y no como un monstruo. Mi lado humano me impulsaba hacia la compañía... Y pensé que la virtud me abriría la puerta de la cabaña y los brazos de mis amigos. Ellos habían sufrido. Habían

sufrido y eran bondadosos. Comprenderían. ¿Acaso rechazarían a un ser que se presentara ante ellos en busca de compasión y amistad, aunque se tratara del ser más horrible? Con estas ideas en mente, empecé a prepararme para el encuentro que cambiaría mi vida.

Sentía miedo de fracasar. Por eso dejé correr el tiempo. Pasó el otoño: las hojas de los árboles se pusieron amarillas y cayeron, y la naturaleza volvió a presentar el aspecto desnudo y silencioso que tenía cuando vi la cabaña por primera vez. Nuevamente, el clima me obligó a permanecer más horas en mi refugio: eso significaba que veía durante más horas a mis amigos. Todos los días soñaba con llamar a su puerta y pedirles su protección y su bondad. Deseaba escuchar sus dulces voces dirigiéndose a mí. No me cabía en la imaginación que personas tan buenas fueran capaces de rechazar a otro ser.

Fue a mediados del invierno cuando pensé el plan definitivo. Luego de mucho pensar, llegué a la conclusión de que lo más adecuado sería darme a conocer en un momento en que el anciano estuviera solo. Él era ciego. No percibiría mi aspecto horrible. No huiría de mí. Mi voz era ronca, pero humana. Si podía hablar a solas con De Lacey, sería capaz de obtener su apoyo. Quizás él podría convencer a los jóvenes de que me aceptaran a pesar de mi monstruosidad.

Un día, a primera hora de la tarde, Ágata, Safie y Félix salieron al campo. Hacía frío, pero el sol brillaba en medio del cielo transparente. De Lacey se había quedado solo frente a la chimenea, tocando música.

Por fin había llegado el momento tan esperado. Estaba muy nervioso. Salí de mi refugio, sintiendo por primera vez que las piernas me temblaban. Me acerqué a la puerta. Llamé, y obedeciendo la indicación del anciano, entré.

—Perdone que lo moleste —le dije—. Soy un viajero y necesito descansar. Le estaría muy agradecido si me permite quedarme un rato frente al fuego.

—Por supuesto —dijo De Lacey—; trataré de ayudarlo en todo lo que esté a mi alcance. Pero mis hijos no están, y yo soy ciego. Me temo que no hay mucho que pueda hacer por usted...

—No se preocupe por mí —dije—. Tengo comida; solamente necesito calor y descanso.

Me senté frente al fuego. Mi mente estaba en blanco. No era capaz de encontrar la frase que necesitaba para iniciar la conversación. Y los minutos pasaban.

—Por su acento, deduzco que somos compatriotas —dijo de pronto el anciano—. ¿Es usted francés?

—No, pero fui educado por una familia francesa —contesté.

—¿Viene aquí por trabajo? —preguntó, demostrando interés, quizás por cortesía.

—No. Voy en busca de unos amigos a quienes quiero mucho, para pedirles su protección.

—¿Amigos alemanes?

—No, franceses —respondí—. Pero cambiemos de tema. Soy un hombre solitario y desesperanzado; he visto muy pocos rostros amables en mi vida. Las personas que voy a visitar no me conocen ni saben de mi existencia. Temo ese encuentro. Si fracasa, seré un desterrado hasta el fin de mis días.

—No desespere —dijo el anciano—. Es una gran desgracia hallarse sin amigos, pero el corazón de los seres humanos siempre es capaz de albergar amor fraternal. Si las personas con las que usted planea encontrarse son buenas y amables, todo saldrá bien.

—Son gente muy buena —dije—. Pero me da miedo que se dejen llevar por prejuicios. Usted no me conoce, pero soy inofensivo. Siempre he tratado de ser útil, a pesar de mis grandes

limitaciones. Sin embargo, a veces las personas más buenas se engañan, y donde deberían ver un amigo fiel ven un monstruo.

—Eso es muy triste... Dígame: ¿dónde viven sus amigos?

—Cerca de aquí.

El anciano se quedó pensativo durante unos segundos.

—Si me cuenta su historia —dijo finalmente—, quizá pueda ayudarlo. Soy ciego y no puedo dar una opinión sobre su aspecto, pero creo que sus palabras son sinceras. Soy pobre y he sido expulsado de mi país. Me han tratado como a un criminal; así que sé muy bien lo que son el rechazo y el desprecio. Y por eso creo que puedo ayudarlo.

—¿Cómo podría agradecer su ayuda? —dije—. Usted es la primera persona que me dirige palabras agradables... Y su bondad me asegura la de los amigos que busco.

—¿Podría saber cómo se llaman esos amigos y dónde viven? —preguntó.

Hice una pausa. El momento decisivo finalmente había llegado. Entreví la posible felicidad, pero también el dolor sin retorno. Comencé a llorar. No podía controlarme. Y entonces escuché los pasos en la entrada. No tenía tiempo que perder. Caí de rodillas y tomé la mano del anciano.

—¡Se lo ruego! —exclamé—. ¡Sálveme y protéjame! Usted y su familia son los amigos que busco. ¡No me abandone, por favor!

—¿Quién es usted? —gritó él.

La puerta se abrió. Allí estaban los jóvenes. Pareció invadirlos un horror indescriptible. Ágata se desmayó, mientras Safie huía dando alaridos. Félix, en cambio, se adelantó y me arrancó del lado de su padre. Intenté volver a aferrarme a las rodillas del anciano, pero fue en vano. Aullando de cólera, el joven me golpeaba con un bastón, sin escuchar mis súplicas. Yo estaba confundido, pero los golpes no me hacían daño. En ese momento, lo único

Tocar reg-
Tinos, los
on a ame
Tanta bar-
de cosa
Toda la
Compañando

que sentía era una terrible amargura: jamás había experimentado como entonces todo el dolor que produce el rechazo.

Vi que Félix intentaba repetir su ataque. Yo hubiera podido destruirlo. Por un breve segundo pensé en borrar hasta la última huella de la cabaña y de todos sus ocupantes. Quería llevar agonía a aquellos que me causaban tanta pena. Pero me detuve. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaban las personas amables en las que yo confiaba? Todo había terminado para mí. Sentí una profunda tristeza. Me rodeaban rostros deformados por el horror. Huí de la casa. Corrí al bosque.

La noche fue terrible y larga. Grité mi dolor sin temor a ser descubierto o perseguido. No me importaba. Las estrellas brillaban en el cielo y las ramas desnudas danzaban lúgubramente sobre mi cabeza. El viento parecía traerme de nuevo los alaridos de la cabaña. Cada tanto, el imperioso llamado de un pájaro me daba sosiego: me hacía recordar que ahora estaba en medio de la naturaleza, lejos de los seres humanos. Me tendí en el pasto.

Me sentía agotado y desesperado. Había millones de personas en todo el mundo, pero no existía ninguna que pudiera compadecerse de mí o ayudarme. Estaba solo. Jamás podría hallar la paz. Los hombres me perseguirían y me darían caza como a una bestia peligrosa. ¿Debía sentir, entonces, bondad hacia mi enemigo...? ¿Y no era mi peor enemigo aquel Víctor Frankenstein que, por puro capricho, me había obligado a vivir en la más terrible miseria?

Salió el sol. Escuché voces humanas. Ya era imposible volver al refugio; me oculté en la espesura. Recordé los sucesos de la víspera y comprendí que yo había actuado de manera imprudente. Debería haber evitado el encuentro con los jóvenes. Debería haber frecuentado a De Lacey durante cierto tiempo, ganándome de a poco su confianza y su cariño. Pero mis errores

no eran irreparables. Podía regresar a mi refugio y aguardar el momento adecuado para volver a acercarme al anciano. Conseguí algo de comer y dormí hasta la noche. En medio de la oscuridad, regresé.

Pasé la noche imaginando cómo podría recomponer la situación. En el interior de la cabaña todo era paz y oscuridad. Llegó el amanecer y pasó la hora en que la familia se levantaba, pero nadie apareció. ¿Habría ocurrido algo? Hasta el mediodía estuve esperando, inquieto, el menor movimiento. Luego me convencí de que la cabaña estaba vacía.

Unas voces afuera llamaron mi atención. Reconocí una de ellas: era la de Félix. Espié. Las otras pertenecían a tres campesinos.

—Perderá la producción de la huerta —dijo uno de los campesinos.

—¡No me interesa la huerta! —repuso Félix con la voz llena de angustia—. Luego de lo que les conté, no podemos vivir más en esta casa. La vida de mi padre corre peligro. Y mi esposa y mi hermana jamás podrán estar tranquilas después de lo que vieron. Lo único que queremos es huir de este lugar horrible...

Félix se alejó con paso inseguro. Lo vi irse y sentí lástima. Nunca más volví a saber de la familia De Lacey.

Permanecí el resto del día en mi refugio. Cuando la luna estuvo alta, salí. Miré la cabaña, ahora vacía, y recordé a sus ocupantes, a quienes tanto había querido. Luego recordé la última tarde; recordé el horror y el rechazo. Recordé que mi ingenuidad me había llevado a pensar que las cosas podrían solucionarse. Sentí furia. Ya no había vuelta atrás: no había nada que hacer allí. Prendí fuego a la cabaña y me alejé.

No sabía adónde ir. Vagué sin dirección un par de días, hasta que me acordé de mi creador. Podía buscarlo. En las anotaciones

del cuaderno se hablaba de Ginebra; y decidí dirigirme hacia allí. Debía marchar hacia el sudoeste guiándome por el sol. Era un camino largo, y tenía que evitar a las personas.

Viajaba siempre de noche, lleno de temor. Todavía era invierno cuando comencé a andar, de modo que conseguir comida me resultaba muy difícil. La tierra estaba helada. A medida que avanzaba, con la nieve y la lluvia golpeándome el rostro, sentía que mi espíritu se endurecía. El odio que sentía era cada vez más profundo y oscuro. La vida se me había vuelto una carga pesada.

La primavera me encontró en la frontera de Suiza. Me resultó muy agradable volver a sentir el sol tibio y ver cómo renacía la hierba. Decidí que esa jornada marcharía de día: debía atravesar un bosque y consideré que no me cruzaría con nadie. Me hizo bien. Por un rato me olvidé de mí y de mis desgracias. Pero, a la entrada a un valle, junto a un ancho río, unas voces humanas volvieron a ponerme en guardia.

Me oculté detrás de un ciprés. Una joven pasó corriendo cerca de mí, sin verme. Al llegar a la orilla del río, resbaló y desapareció en la corriente. Alcanzó a emitir un grito desesperado. Me arrojé al agua y, con trabajo, conseguí sacarla. La tendí sobre la hierba. Parecía muerta; intenté reanimarla como pude. Entonces llegó un campesino que debía tener la misma edad de la muchacha. Gritó aterrado, se abalanzó sobre su compañera y se la llevó hacia el bosque. Antes de desaparecer, se descolgó la carabina y me disparó.

¡Esa era mi recompensa! La bala me destrozó el hombro. Me arrastré en la espesura hasta que perdí el sentido. Ignoro cuánto tiempo pasó. Me desperté de noche, consumido por la fiebre. El dolor era insoportable. No podía mover el brazo... Pero podía odiar.

Y eso fue lo que hice las semanas siguientes, mientras mi hombro sanaba. Me sentía prisionero de la injusticia y

la ingratitud, y deseaba vengarme. Odiaba. Quería que alguien pagara por mi dolor, que no terminaba nunca.

Seguí mi viaje y llegué a las proximidades de Ginebra. Esa tarde me tendí entre unos arbustos, agotado de cansancio y hambriento. Estaba cerca del final de mi recorrido, pero no sabía exactamente qué debía hacer a continuación. Entre sueños, vi a un niño que se acercaba al sitio en el que yo me ocultaba.

Confundido aún, mientras despertaba, pensé que aquel niño era una criatura inocente que no sentiría rechazo hacia mi deformidad. Le parecería raro, pero no repugnante. Sonreí mientras me incorporaba. El niño gritó y se tapó el rostro con las manos.

—¿Qué te pasa? —pregunté, mientras lo sujetaba por los hombros—. ¿Estás bien?

—¡Monstruo horrible! —gritó—. ¡No te acerques! Mi padre te matará a golpes si me haces daño. Los Frankenstein somos ricos y haremos que te persigan...

¡*Frankenstein!* Repetí el nombre mientras el niño gritaba y se sacudía frenéticamente entre mis manos. ¡*Frankenstein!* Sentí un inmenso odio y una enorme desesperación. Y el niño chillaba. Sus estridentes gritos eran insoportables. Apreté su cuello apenas. El niño finalmente se calló. Lo solté.

El pequeño cadáver no me produjo lástima ni tristeza. Yo también podía matar. Yo también podía ser cruel. Algo que brillaba entre las ropas del niño me llamó la atención. Era una medalla con el retrato de una hermosa mujer. Lo tomé y lo observé mientras me alejaba.

Anduve un trecho. Estaba en paz. Finalmente comprendía la crueldad de los seres humanos... más aún, la compartía. Sin saber bien cómo, me encontré en un granero. Y, para mi sorpresa, no estaba solo. Una bonita muchacha dormía inquieta en un rincón.

Deslicé la medalla en un bolsillo de su abrigo. Sabía que eso, de algún modo, sería fatal para ella. Sentí algo parecido a la euforia.⁴⁸ Me fui.

Pero me quedé en la región, sabiendo que tarde o temprano vería a mi creador.

Tenía algo que pedirle...

⁴⁸ **Euforia:** estado de gran bienestar.

CAPÍTULO X

El monstruo terminó el relato y me miró con impaciencia. Yo me sentía totalmente desconcertado. Me resultaba imposible ordenar las ideas o sacar alguna conclusión de los horrores que acababa de escuchar. ¿Qué podía querer de mí esa criatura? Sin dejar pasar un segundo, se lo pregunté.

—Estoy solo en el mundo —me contestó—. Quiero que crees una compañera que sea igual a mí. Únicamente tú, que me has creado, puedes hacerlo. Es algo que no puedes negarme.

Sentí que la ira me dominaba.

—¡Jamás! —grité—. Me niego absolutamente, y no hay nada en el mundo que pueda hacerme cambiar de opinión. ¿Acaso quieres estar acompañado para producir más miedo? ¿Para cometer más asesinatos? ¡Vete y déjame en paz!

—Estás equivocado —dijo—. Quiero que comprendas lo que has hecho. He actuado mal porque soy desdichado. La gente me odia y me persigue. Tú mismo, mi creador, querías destruirme ahora... ¿Por qué no puedo yo desear lo mismo para los demás? He actuado con bondad, pero no he sido correspondido. No puedo respetar a los seres que me desprecian. Eres mi creador... ¿Vas a desentenderte de tus responsabilidades? No es mucho lo que te pido, es mi derecho. Y si no cumples, no descansaré hasta que tu vida se haya transformado en una pesadilla, como la mía.

El monstruo gesticulaba con furia y parecía cada vez más enojado a medida que hablaba. Cuando notó que su tono era excesivamente violento, guardó silencio durante unos segundos, se tranquilizó y continuó.

—Quiero que ambos seamos razonables. La furia me ciega a veces... Escúchame, por favor: solamente te pido una compañera que

sea como yo. Necesito que alguien me vea sin sentir rechazo; nada más que eso. Y yo te estaré agradecido. Te suplico que seas justo y no me condenes a la infelicidad.

Reconozco que esas palabras me conmovieron. Pero me daba cuenta de las consecuencias; acceder a su pedido podía dar lugar a una serie interminable de crímenes. Sin embargo, había cierta justicia en su razonamiento: como creador, yo debía asegurarle, al menos, la posibilidad de ser feliz. Sin duda vio el cambio en mi expresión, y prosiguió.

—Si haces lo que te pido, no volverás a vernos. Quiero irme con mi compañera a un lugar apartado y desierto, donde la gente no pueda hacernos infelices. No necesito mucho para vivir. En una selva perdida, en cualquier continente, estaremos bien...

—¿Pero qué pasará si nuevamente quieres relacionarte con las personas y estas te rechazan? —pregunté—. ¿Volverás a matar?

—Escucha bien: te prometo que me iré, con la compañera que me haga, al lugar más solitario de la Tierra. No estaré solo y seré feliz. Y, si por algún motivo siento pena, tendré a alguien que me consuele y se compadezca de mí.

Lo que pedía era razonable... Sin embargo, al mirar su monstruoso rostro, yo experimentaba un irresistible rechazo. Quería que se callara y que desapareciera para siempre. Pero no había modo de lograr eso, excepto cediendo.

—Ahora prometes que serás inofensivo —dije—, pero te has comportado como un vil criminal. ¿Cómo puedo creerte?

—Empiezas a cansarme —repuso—. No me parece que esta cuestión sea tan complicada. Si no tengo lazos con nadie y únicamente veo que se comenten injusticias contra mí, odiaré y viviré en el odio. En cambio, si me das una compañera que me quiera y esté conmigo, las causas del odio desaparecerán y me iré a vivir lejos y en paz. Terminemos esta conversación de una buena vez. Te he pedido que crees una compañera para mí... ¿La harás?

Evalué por un momento sus palabras y su tono. Reflexioné acerca

Tocar reg-
Tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
r toda la
comañando

de las ventajas y las desventajas, y finalmente llegué a una conclusión que consideré justa.

—La haré con una condición —dije—. No bien tengas a tu compañera, abandonarás Europa y nunca volveré a saber de ti.

—Lo juro —dijo—. Ve a tu casa y empieza a trabajar. No volverás a verme hasta que hayas terminado.

Se levantó y se alejó a prisa, como si temiera que yo pudiera cambiar de opinión. Luego, pese a la oscuridad y lo escarpado del descenso, bajé hasta el pueblo. Fue un esfuerzo agotador. Al día siguiente, partí rumbo a Ginebra.

A pesar de que me había propuesto cumplir mi promesa cuanto antes, me faltaba valor para empezar ese trabajo tan absorbente y, por eso, dejé pasar algunas semanas. No bastaba con encerrarme en el laboratorio; debía, además, realizar nuevos estudios y llevar a cabo investigaciones complementarias. Según sabía, en Inglaterra se habían llevado a cabo importantes descubrimientos que podían resultar muy útiles. Era imprescindible que viajara hacia allí.

Sin embargo, no tenía ningún apuro. A medida que los días pasaban, encontraba menos razones para cumplir el pedido de la criatura. Me costaba mucho recordar el diálogo que habíamos tenido y los alcances de lo que habíamos acordado. ¿Negociamos acaso plazos? Para entonces, ya había vuelto a realizar mis habituales excursiones y me sentía muy recuperado física y espiritualmente. No quería dejarme entristecer por obligaciones absurdas ni por el estado de ánimo de mi familia, que aún no se había recompuesto de los golpes recibidos. Debía pensar en mí: había pasado por un infierno, y ahora necesitaba soledad, tranquilidad y olvido.

Un día, al volver de uno de mis paseos, mi padre me pidió que fuera a su estudio.

—Me alegra ver, querido Víctor, que has retomado tus antiguas distracciones —dijo—. Sin embargo, he notado que nos evitas y que

ya no disfrutas de nuestra compañía. Incluso parece que te has distanciado de Elizabeth. Ya sabes que tu madre tenía muchas esperanzas puestas en esa boda...

—Tranquilízate, padre. Mis sentimientos hacia Elizabeth no han cambiado: la sigo amando como el primer día en que la vi.

—Me alegra escucharte decir eso, hijo —continuó—. Creo que lo mejor es que el matrimonio se concrete cuanto antes. Por supuesto, no quiero que tomes esto como una imposición, pero debemos pensar también en la felicidad de Elizabeth.

Me quedé sin palabras. Inmediatamente recordé el juramento que le había hecho al monstruo. Yo no podría ser feliz hasta que cumpliera con mi obligación. No podía condenar a mi amada Elizabeth a unirse a mí, mientras el monstruo fuera una amenaza.

También estaba el urgente viaje a Inglaterra. Era imposible avanzar sin los conocimientos que allí me esperaban, y asimilar las novedades me llevaría bastante tiempo. El proceso sería lento y trabajoso. Arrastrar a Elizabeth hasta allí sería una tremenda injusticia. No era un plan digno de un viaje de bodas. Y todavía faltaba considerar el mayor de los problemas: debía llevar adelante mi promesa y crear una compañera para el monstruo. Eso significaba trabajar al límite de mis fuerzas, manchándome las manos con cadáveres. ¿Cómo podría, al mismo tiempo, comenzar una vida de casado? Era preciso que me mantuviera lejos de todos. Únicamente después de finalizar mis compromisos, podía volver a mis seres amados y fundar mi propia familia. No antes.

Con esas razones en mente, volví a hablar con mi padre unos días más tarde. Le confesé mi deseo de visitar Inglaterra. No se habló de plazos para mi ausencia, pero quedó sobreentendido que no se entendería por más de un año. Estaba claro que, al regresar, me casaría con Elizabeth. Con la bondad que lo caracterizaba, mi padre se preocupó por conseguirme un compañero de viaje: mi amigo Clerval. Yo hubiera preferido ir solo, pero me mostré de acuerdo.

Tocar r
Tinos, los
on a ame
Tanta ba
de cosa
toda la
compañando

Los preparativos llevaron bastante tiempo, ya que yo quería tener todo perfectamente organizado. Debía llevar mi instrumental de laboratorio, cuya fragilidad me provocaba enormes preocupaciones. Además, envié cartas a diversos científicos ingleses, con el fin de presentarme y anunciar mi futura visita. A comienzos de septiembre, todo estuvo listo y finalmente pude partir.

CAPÍTULO XI

El viaje fue muy agradable. A pesar de los horribles pensamientos que se adueñaban de mi mente, pude disfrutar de los encantos del camino y de la compañía de mi amigo Clerval. Todavía guardo hermosos recuerdos de los magníficos castillos sobre el Rin,⁴⁹ las tranquilas llanuras holandesas y las antiguas ciudades costeras de Inglaterra.

Nos establecimos en Londres, dispuestos a quedarnos allí algunos meses. No fue un período demasiado productivo para mí. Me entrevisté con algunos científicos y visité unas pocas bibliotecas, pero pasaba mucho tiempo encerrado, hundido en la más tenebrosa melancolía, cuando no me dedicaba a realizar paseos breves y sin rumbo. Clerval, en cambio, aprovechó la estadía para interiorizarse en las posibilidades de hacer fortuna como comerciante en la India. Sus conocimientos en lenguas orientales podían resultar de gran ayuda allí.

Luego de seis meses, en los que no avancé prácticamente nada, decidí que era tiempo de cambiar de paisaje. Día y noche pensaba en las desmedidas pretensiones del monstruo, y era incapaz tanto de trabajar como de disfrutar de las atracciones de Londres. Se me ocurrió, entonces, que lo mejor sería recorrer el país. La travesía contribuiría a despejar mi mente y a llevar paz a mi espíritu. Y un buen día, encontraría un lugar apartado y pacífico donde llevar a cabo mis actividades y darle al monstruo una compañera.

Salimos de Londres el 27 de marzo y nuestra primera etapa fue

49 **Rin:** uno de los ríos más importantes de Europa. Nace en Suiza y desemboca en el mar del Norte.

Windsor,⁵⁰ donde nos quedamos bastantes días. El viaje había comenzado bien: los paseos por esos magníficos bosques, poblados de centenarios y majestuosos árboles, trajeron tranquilidad a mi espíritu. De allí pasamos a Oxford,⁵¹ ciudad llena de historia, poblada de universidades y bibliotecas que me hicieron recordar mis añorados días en Ingolstadt. Allí permanecemos casi un mes.

Seguimos, siempre hacia el norte, deteniéndonos en todos los sitios que nos resultaban agradables. No podría nombrar todos los pueblos que visitamos, pero guardo un especial recuerdo del área de Westmoreland,⁵² que me recordó las montañas de Suiza y me llenó de nostalgia. Los dos meses que estuvimos allí se me hicieron cortos; me hubiera quedado para siempre, pero teníamos que seguir.

Llegamos a Escocia. Edimburgo⁵³ no nos gustó demasiado, a pesar de su antigüedad y de su bien merecido prestigio. En esa ciudad me di cuenta de que estaba harto del viaje y de mi situación, y de que no podía distraerme de mis obligaciones por mucho más tiempo. De pronto se me ocurrió una idea inquietante: ¿y si el monstruo me estaba siguiendo y veía que yo paseaba en lugar de trabajar? La idea me dio miedo. Una semana más tarde, cuando nos preparábamos para seguir viaje, le dije a Clerval:

—Creo que es hora de separarnos. Tú deseas divertirte y yo soy una carga. Necesito un poco de paz y soledad... Podemos reencontrarnos más adelante, cuando yo me sienta un poco más alegre.

—Como prefieras, Víctor. Pero no tardes demasiado. Tu padre me pidió que te acompañara...

50 **Windsor**: ciudad de Inglaterra, al oeste de Londres.

51 **Oxford**: ciudad de Inglaterra donde se encuentra la universidad más antigua en lengua inglesa.

52 **Westmoreland**: región al norte de Inglaterra.

53 **Edimburgo**: capital de Escocia.

Así fue como nos separamos. Atravesé los Highlands⁵⁴ e instalé mi laboratorio en uno de los rincones más remotos de Orkney.⁵⁵ Aquel sitio era el indicado: un peñasco⁵⁶ estéril, continuamente azotado por las olas. Muy pocas personas vivían en la isla; para conseguir víveres, había que ir hasta tierra firme, a ocho kilómetros de distancia.

Alquilé una choza vacía que tenía dos amplias habitaciones; las paredes estaban descascaradas y el techo, derrumbado. Era un sitio horrible. Lo hice arreglar, mandé traer muebles de una ciudad cercana y me instalé. Mi llegada debió causar revuelo en la pequeña comunidad, pero nadie me molestó.

Dedicaba las mañanas al trabajo y las tardes a pasear por la playa pedregosa. El paisaje despojado y austero me hacía añorar la belleza de mi tierra. Sentía una profunda amargura: en Ingolstadt, el experimento me había causado una enorme expectativa; ahora su repetición me producía rechazo.

Una noche, ya muy tarde, me encontraba sentado en mi laboratorio, repasando algunos procedimientos que llevaría a cabo al día siguiente. Sobre una tabla, parcialmente cubierta por una manta gris, se hallaba la nueva criatura. El trabajo estaba muy avanzado. En un momento, fui a buscar más luz, y cuando volví, tuve una visión que me llenó de espanto.

Parte de la cabeza de la criatura estaba destapada. Quizás la había dejado yo así, o quizás la manta se había deslizado... La luz de la vela, amarilla y temblorosa, me mostraba ahora el horror indescriptible de ese rostro. Era una verdadera monstruosidad. Una idea temible me hizo temblar: ¿qué ocurriría si mis dos creaciones se repugnaban mutuamente? ¿Qué ocurriría si se odiaban por ser deformes?

54 **Highlands**: región montañosa al norte de Escocia.

55 **Orkney**: archipiélago ubicado frente a la costa norte de Escocia.

56 **Peñasco**: elevación de piedra.



Ese pensamiento bastó para que me diera cuenta de que, al cumplir los insensatos deseos del monstruo, estaba cometiendo un error que podía ser trágico. Habría más asesinatos, más violencia, más dolor... ¡No podía permitirlo! Sin pensarlo dos veces, tomé un frasco de ácido y lo derramé sobre el cuerpo inerte. La reacción liberó un olor desagradable y las llamas no tardaron en consumir el resultado de mi trabajo. Carne, nervios, venas y huesos se convirtieron en blancas espirales de humo. Trozos de materia viscosa se desparramaron sobre el piso. Cenizas y amarillentos huesos corroídos quedaron sobre las tablas. Me sentí liberado.

Un horrible alarido me estremeció. En la puerta, bañado por la luz de la luna, estaba el monstruo.

—¿Qué has hecho?! —exclamó.

Su voz sonaba quebrada por el dolor.

No pude responder.

—Has destruido tu obra... Has destruido a mi compañera —continuó—. He soportado muchas penurias para seguirte... ¿Pade-cí tanto frío, tanta hambre y tanta fatiga para esto? ¿Piensas destruir así mis esperanzas? ¿Vas a romper tu promesa?

—¡Vete! ¡Rompo mi promesa! ¡No crearé otro ser como tú! Tus amenazas no me dan miedo. No te daré una compañera para que te siga en tus maldades. Ahora ¡vete!

El monstruo me miró con desprecio.

—¿Así que me condenas a vivir solo...? —dijo—. Escucha: a partir de hoy tus horas transcurrirán en medio del miedo y la infelicidad. Y, algún día, dejaré caer el golpe que te hundirá para siempre. Pagarás por tu injusticia. Ahora, vive como puedas. Pero te prevengo: estaré rondando en tu noche de bodas.

Y se retiró despacio.

Apenas pude dormir en toda la noche. Temía por mi familia y mis amigos. ¿Estarían ellos a salvo si yo huía y no volvía a verlos? ¿Los dejaría en paz el monstruo...? Era imposible saberlo.

Decidí abandonar la isla y encontrarme con Clerval, que en su última carta me informaba sobre su inminente viaje a la India y me proponía que nos reuniéramos en Perth.⁵⁷ Comencé a limpiar la choza y a embalar mi equipo. Fue una tarea desagradable, pero la llevé a cabo con la convicción de que esa sería la última vez que la hacía. Ya nunca volvería a ocuparme de esos horrendos experimentos.

A eso de las tres de la mañana salí en bote para deshacerme de los restos de la criatura. Había tenido la previsión de meterlos en una bolsa bien cerrada, con algunas rocas dentro. Tenía pensado arrojarla a unos cinco kilómetros de la costa, lejos de la vista de los pescadores. La noche estaba fresca y serena. Cuando volvía, aseguré el rumbo del timón y me recosté sobre una lona en el fondo del bote. Las nubes cubrían la luna, la oscuridad era absoluta y únicamente se oía el ruido de la quilla⁵⁸ al cortar las olas. Cerré los ojos y me dormí profundamente.

Cuando desperté, el sol estaba alto y no había tierra a la vista. Las olas amenazaban con dar vuelta el bote. Miré a mi alrededor, aterrado. No tenía brújula ni conocía esas costas. Sentí un pánico incontrolable. Sabía que corría el peligro de verme arrastrado hacia el medio del Atlántico y sufrir el rigor del sol y la tortura del hambre y la sed. ¿Cuánto tiempo podría aguantar?

—¡Todo está perdido! —grité, con los ojos llenos de lágrimas.

Pero de inmediato pensé en Elizabeth, en mi padre, en mi hermano Ernest y en Clerval, que quedarían a merced del monstruo, indefensos. Sentí una enorme desesperación. No podía darme el lujo de morir.

Fueron horas de angustia indescriptible. Es inútil que trate de describir las. Cerca del anochecer, divisé unas montañas hacia el sur.

⁵⁷ **Perth:** ciudad situada en el centro de Escocia.

⁵⁸ **Quilla:** pieza de madera o de hierro que va por debajo de las embarcaciones y sobre la que se asienta todo el armazón.

Tochar ro-
Tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
n toda la
comparando

Agotado como estaba, improvisé una vela con mi ropa y remé con renovada energía. A medida que me acercaba a aquella isla, pude divisar cultivos, embarcaciones y otras señales de civilización. Sentí un inmenso alivio. No tardé mucho en tocar tierra.

Mientras amarraba mi embarcación, me rodeó una muchedumbre de curiosos que crecía a cada instante. Débil y confundido tras mi increíble aventura, solamente alcancé a percibir que esas personas hablaban en inglés. Eso significaba que no me había alejado demasiado de mi punto de partida.

—¿Tendrían la bondad de decirme dónde me encuentro? —pregunté.

—No tardará en enterarse —dijo un hombre con voz poco amigable—. Pero, como lo llevarán a un lugar que no va a gustarle en absoluto, lamentará mucho haber viajado hasta aquí.

Esas palabras me provocaron primero asombro y, luego, indignación.

—¿Por qué me contesta de ese modo? Sé por experiencia que los ingleses no tienen la costumbre de tratar a los extranjeros de una forma tan poco hospitalaria...

—Ignoro lo que hacen los ingleses —dijo el hombre con brusquedad—, pero los irlandeses no tenemos la costumbre de tratar bien a los asesinos.

CAPÍTULO XII

Con bastante violencia me condujeron ante el juez de aquel pueblo. Era un anciano de rostro bondadoso y modales tranquilos que, sin embargo, clavó en mí una mirada severa. Se llamaba Kirwin. Convocó a los testigos y comenzó a oír el caso.

—Esto fue lo que ocurrió, Su Señoría —dijo el primer testigo—: anteanoche salí a pescar con mi hijo y mi cuñado. A eso de las diez se levantó el viento norte y nos vimos obligados a volver; como de costumbre, desembarcamos a unos tres kilómetros del puerto. Cargamos la pesca y los aparejos⁵⁹ y nos dirigimos a casa por la playa. Yo iba adelante; estaba muy oscuro y apenas si veía mi nariz. De pronto tropecé y caí sobre algo que no era arena. Mi hijo y mi cuñado se acercaron con el farol y lanzaron un grito de mil demonios. ¡Había un cadáver! Al principio supusimos que se trataba de un ahogado arrojado por las olas, pero el cuerpo estaba tibio y la ropa seca. Decidimos llevar el cuerpo a la cabaña más cercana, para dar aviso. Nadie conocía a la víctima: era un joven de unos veinticinco años. Tenía unas horribles marcas en el cuello; evidentemente, lo habían estrangulado...

Luego declaró el hijo del primer testigo, que ratificó la historia. Inmediatamente subió el cuñado, quien agregó:

—La cuestión es que, poco antes de hallar el cadáver, vi un bote muy cerca de la costa. Y, cosa rara, en él iba solamente un hombre. Había poca luz, pero estaría dispuesto a jurar que era idéntico al bote que el extranjero amarró hace un rato en nuestro puerto.

El testimonio fue confirmado por otros testigos. El caso parecía

59 **Aparejos:** conjunto de elementos necesarios para realizar una tarea.

bastante firme ya, pero mi situación siguió empeorando. Un par de marinos expertos aseguraron que el fuerte viento que se había levantado durante la noche habría imposibilitado que cualquier bote se alejara mucho del puerto. Si yo había tratado de huir luego de asesinar a la víctima, existía la posibilidad de que el temporal me hubiera arrojado de nuevo al sitio del que había salido. También observaron que, al parecer, el cadáver había sido trasladado desde otro lugar.

Una vez que concluyeron los testimonios, el juez ordenó que me llevaran a identificar el cadáver.

Aún recuerdo el instante en que destaparon el ataúd. Yo pensaba que iba a encontrarme con un rostro desconocido... pero lo que vi entonces fue el gesto aterrorizado de Henry Clerval. El juez, el proceso y los testigos desaparecieron por completo de mi mente. Abracé el cadáver de mi amigo y rompí a llorar desconsoladamente. Me sentía sofocado, como si una mano monstruosa se cerrase sobre mi garganta. Tuve convulsiones y debieron sacarme de la sala entre varios hombres.

A ese ataque le siguió una prolongada fiebre que durante dos meses me tuvo al borde de la muerte.

Pero yo estaba condenado a vivir. Un buen día recuperé el conocimiento, y descubrí que me hallaba acostado en una estrecha cama, en la prisión, rodeado de carceleros, rejas, candados y cadenas. El calabozo era sombrío y deprimente.

En cuanto se enteró de que yo había recuperado el sentido, el juez vino a verme.

—Temo que este sitio no le resulte demasiado agradable —dijo—, pero comprenderá que, dadas las circunstancias, no podemos llevarlo a otro lado. Cuando usted me proporcione las pruebas que lo liberen de la acusación, lo hospedaré en mi casa.

—Mi libertad me tiene sin cuidado —repuse—. Después de haberme convertido en el más desdichado de los hombres... ¿cree acaso que me preocupa la justicia humana?

To Car reg-
tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
r toda la
compañando

—Es cierto que difícilmente se encontrarán circunstancias más extrañas y desgraciadas que las que rodean este caso. Usted, quién sabe por qué casualidad, apareció en estas costas, donde fue inmediatamente apresado y acusado de asesinato. Lo llevaron a ver a la víctima, que resultó ser su mejor amigo...

—¿Cómo sabe de mi amistad con Clerval? —pregunté, extrañado.

—No tema. No estoy en su contra... Cuando usted cayó enfermo, revisé sus papeles y me puse en contacto con su familia. De hecho, su padre está aquí, esperando para verlo...

—¡Mi padre! —exclamé—. ¿De verdad ha venido? ¿Dónde está?

El juez se retiró. Al rato volvió acompañado de mi padre y nos dejó a solas.

—¡Padre! —dije, emocionado, mientras lo abrazaba—. ¿Están todos bien? ¿Y Elizabeth? ¿Y Ernest?

—Todos estamos bien, hijo mío —contestó—. Eres tú el que nos preocupa. ¡Mírate! ¡Mira el horrible lugar donde has caído! Saliste a buscar la felicidad, pero la desgracia parece haberte encontrado primero... ¡Y el pobre Clerval...!

¡Clerval! Al oír ese nombre querido, estallé en sollozos.

—Tengo un destino que cumplir, padre —dije—. De otro modo, sin dudarlo hubiera muerto sobre el ataúd de mi amigo Clerval.

Mi padre guardó silencio un momento. En su rostro, marcado por los años y las penas, se leía una intensa preocupación, como si intuyera la lucha que se llevaba a cabo en mi interior.

—Escucha, hijo. No tenemos demasiado tiempo. En unos días iremos a la capital del condado, donde tendrá lugar el juicio. El señor Kirwin ha accedido a ocuparse de tu defensa, de modo que debes colaborar con él para seleccionar a los testigos y reunir la evidencia. Si haces lo que corresponde, todo saldrá bien. Luego abandonaremos de inmediato este país. Si quieres, podemos pasar unos días en París antes de volver a casa. Te daré un mes para que te recuperes de esta

penosa experiencia. Pero, no bien pisemos Ginebra, comenzarás de inmediato a cumplir con tus compromisos...

Yo ya me encontraba agotado por el esfuerzo y las emociones, así que mi padre se retiró con la promesa de regresar al día siguiente. Antes de irse, me dejó una carta. Era de Elizabeth. ¡Mi amada Elizabeth! La leí de inmediato.

Ginebra, 18 de mayo de 1792

Querido Víctor:

¡Cuánto has sufrido! He sido muy desdichada este invierno, a la espera de noticias acerca de ti. Pero todo saldrá bien y añoro verte pronto.

Sin embargo, temo que sigan existiendo las mismas preocupaciones que tanto te torturaron en el pasado. Y por eso te escribo; nunca antes había tomado la pluma para algo tan importante. Me explicaré.

Sabes muy bien, Víctor, que nuestra unión ha sido el proyecto añorado de tus padres. Durante la infancia fuimos inseparables compañeros de juegos y, según creo, al crecer conservamos el afecto. Jamás he dudado de tu cariño, pero ahora pienso que tal vez me quieras como a una hermana; ¿es eso lo que sientes? Te pido que me contestes con franqueza: ¿quieres a otra?

Pasaste varios años estudiando en Ingolstadt, y al volver huías de mí. Supuse que lamentabas nuestra relación, pero te creías obligado a ella para satisfacer los deseos de tus padres. Por tu felicidad y por la mía, te digo que nuestro enlace me haría desdichada si te resulta una imposición.

Ten la seguridad, Víctor, de que tu antigua compañera de juegos siente por ti un amor sincero. Pero debes hacer únicamente lo que te haga feliz.

No dejes que esta carta te preocupe. No la contestes mañana, ni pasado mañana... No la contestes jamás si eso te causa pena. Tu padre me mantendrá al tanto de tu salud, y si cuando nos encontremos veo en tus labios una sonrisa de la que yo sea la causa, esa será para mí la mayor felicidad.

Tu amiga, que te quiere,

ELIZABETH LAVENZA

No tuve tiempo de conmoverme por la carta. Recordé de inmediato las palabras del monstruo: “Estaré rondando en tu noche de bodas”. La batalla final se acercaba. Debía prepararme.

CAPÍTULO XIII

El proceso sobre el asesinato de Clerval terminó pronto. Kirwin presentó una docena de testigos que aseguraban que yo me encontraba en Orkney cuando el crimen tuvo lugar. El jurado rechazó la acusación y salí libre. Inmediatamente mi padre me sacó del país y, tras una breve estadía en París, nos dirigimos a Ginebra.

Mi espíritu, ya debilitado, se sentía cada vez más decaído a medida que nos acercábamos a casa. Me quedaba, quizás, muy poco tiempo de vida. El día de mi boda podía ser mi último día sobre la tierra.

El monstruo había elegido sabiamente su venganza; si yo estaba dispuesto a pasar el resto de mis días solo, sin una mujer a mi lado, sin amor, viviría. Yo lo había condenado a lo mismo; por lo tanto, él consideraba que la sentencia era justa. Pero si yo me atrevía a disfrutar de la felicidad que le había negado a él, entonces se ocuparía de asesinar-me implacablemente.

Sin embargo, me dije, siempre quedaba la esperanza de luchar y vencer.

La victoria era improbable, pero si me preparaba para resistir el ataque, quizás podría sobrevivir. Yo había creado al monstruo y sabía de qué estaba hecho; su materia era igual a la de todos los mortales. Un certero tiro de pistola podía matarlo, al igual que un ataque con sable bien dirigido...

Era mi única esperanza. Decidí, por lo tanto, que la boda se celebrara cuanto antes. Eso haría feliz a Elizabeth y a mi padre, y ellos necesitaban felicidad. También acortaría la agonía de mi espera. Unos días antes de llegar a Ginebra escribí la respuesta a la carta de mi amada.

París, 10 de julio de 1792

Querida Elizabeth:

Temo que quede muy poca felicidad para nosotros en el mundo. Sin embargo, todo lo que puede hacerme feliz reside en ti. Abandona tus vanos temores, pues solamente a ti he consagrado mi vida y mis sueños de dicha. Un solo secreto guardo, Elizabeth... Un secreto que, cuando te lo revele, te hará estremecer de horror; y entonces, en lugar de sorprenderte ante mi tristeza, te maravillarás que haya sobrevivido a tantas desventuras. Al día siguiente de nuestra boda conocerás mi secreto, porque quiero que entre nosotros la confianza sea absoluta. Antes de ese día, te suplico por favor que no me preguntes nada.

Tuyo,

VÍCTOR FRANKENSTEIN

Al llegar a casa encontré grandes cambios. Elizabeth, que había recibido mi carta, se mostró afectuosa; pero me di cuenta de que estaba muy desmejorada. Había perdido peso y en su semblante quedaban pocos rastros de la alegre vivacidad de otros tiempos. Sin embargo, seguía expresando hacia mí su tierno cariño, que la hacía la compañera ideal para un hombre destrozado como yo.

Mi instinto me impulsaba, nuevamente, a buscar la soledad. Debí hacer un gran esfuerzo para no dejarme llevar por él. Pasaba horas y horas conversando con mi familia, fingiendo un interés que, dada mi tragedia, no podía sentir. Cuando la furia me embargaba o el dolor me invadía, Elizabeth era la única que podía brindarme distracción y consuelo.

Por fin se fijó la fecha de la boda. Elizabeth se alegró ante la proximidad del evento. Casi de inmediato recobró la vitalidad, y yo me vi forzado a acompañar su actitud, disfrazando mis sentimientos con un exterior alegre y entusiasta. Pero lo cierto es que me sentía

aterrado y no me faltaban ganas de huir. Todos se preparaban para una fiesta; yo, para un sacrificio.

Se hicieron los preparativos. Se ordenaron los más deliciosos manjares y la bodega se pobló de cajones de bebida que llegaban de todos los rincones de Europa. Mi padre, orgulloso por sus gestiones, nos anunció que había obtenido el reconocimiento de una parte de la herencia de Elizabeth: éramos dueños de una propiedad en la costa del lago de Como, llamada Villa Lavenza. Allí iríamos inmediatamente después de la ceremonia.

Por mi parte, traté de tomar todas las precauciones posibles. Desde mi regreso me había acostumbrado a llevar siempre una pistola y una daga.⁶⁰ Con la excusa de que necesitaba ejercitarme, practicaba esgrima en el jardín; pero en lugar de servirme del florete⁶¹ utilizaba un formidable sable de caballería. También dediqué varias mañanas a salir de cacería, para familiarizarme con las armas de fuego. Gracias a este entrenamiento, empecé a sentirme más tranquilo; al aproximarse la fecha de la boda, ya consideraba la amenaza del monstruo casi como un hecho imaginario, algo que no podía perturbar mi paz.

El gran día llegó y me encontré tranquilo y preparado. Elizabeth parecía un poco melancólica, como si la inquietara un mal presentimiento: tal vez pensara en el secreto que yo me había comprometido a revelar al día siguiente. Mi padre, en cambio, estaba desbordante de alegría y en el frenesí de los preparativos pensó que la melancolía de la novia se debía al nerviosismo del momento. Mi hermano Ernest, convertido ya en un hombre hecho y derecho, fue mi padrino.

La ceremonia se celebró en una encantadora capilla y todo salió a la perfección. Después, cerca del mediodía, se realizó en casa la gran reunión, a la que acudió una enorme cantidad de colegas y amigos de

60 **Daga:** cuchillo de hoja corta que se usaba como arma.

61 **Florete:** espadín que se usa para la práctica de esgrima.

mi padre. Conocíamos a unos pocos, pero todos se mostraron cariñosos y atentos. Nos retiramos temprano, ya que debíamos iniciar nuestro viaje a Villa Lavenza de inmediato.

Nos embarcamos con el sol de la tarde todavía alto. Íbamos en cubierta, tomados de la mano, disfrutando del hermoso espectáculo de las montañas y el lago. En voz baja repasamos los mil detalles del día e intentamos recordar los nombres de las personas que habíamos saludado. En aquel momento me sentí inmensamente feliz junto a Elizabeth.

Iba descendiendo el sol. Desde la costa, la leve brisa nos traía el rumor de los bosques y el delicioso perfume de las flores y las hierbas.

Cerca de las ocho desembarcamos en Evian,⁶² donde pasaríamos la primera noche, para seguir al día siguiente rumbo a Como. Recorrimos perezosamente la costa, disfrutando de la última luz del día antes de dirigirnos a la posada. Era un sitio hermoso. Un enorme campanario blanco coronaba el pueblo y se recortaba contra las montañas y el cielo. Las casas, prolijas y amplias, se extendían frente al lago como espectadores en un teatro.

Nuestras habitaciones tenían una vista incomparable. Durante un instante permanecimos con Elizabeth frente a la enorme ventana. En el lago habían comenzado a formarse olas, que se volvieron cada vez más impetuosas. De pronto, se desató una impresionante tormenta.

Yo había permanecido tranquilo todo el día. Sin embargo, a medida que anoecía, la inquietud fue adueñándose de mi espíritu. Estaba muy tenso, y sin darme cuenta recorría la habitación con grandes pasos. En los bolsillos me pesaban las pistolas y llevaba dos dagas ocultas en la cintura.

62 **Evian:** poblado al este de Francia, en el límite con Suiza.

Tocar r
Tinos, los
on a ame
Tanta ba
de cosa
r toda la
comparando

Elizabeth me observaba en silencio. Su rostro expresaba temor.
—¿Qué te sucede, Víctor? —preguntó al cabo de un rato—. ¿De qué tienes miedo?

—¡Tranquilízate, querida! —le dije—. Una vez que esta noche haya pasado, estaré a salvo. Pero esta noche será desesperante...

—¿Qué puedo hacer para ayudarte, mi amor?

—¡Nada, estoy bien! —le respondí—. Vete a la cama; yo iré en un rato.

Una vez que estuve solo, aseguré los cerrojos de las puertas y las ventanas de la habitación que servía de recibidor. Luego revisé y apreté mis armas, y me acomodé en un sillón frente a la ventana, a una distancia prudencial, para observar los movimientos en el exterior. Estaba oscuro, pero cada tanto algún relámpago iluminaba la costa inmóvil y vacía. Mis brazos colgaban a los lados del sillón; en cada mano relucía una pistola. Nadie podía acercarse sin recibir, por lo menos, dos disparos. Y mi puntería era inmejorable.

Allí me quedé sentado durante horas, perfectamente despierto y listo. Fueron horas de escuchar los truenos y el monótono golpeteo de las gotas en los vidrios; de ver las aguas del lago encabritarse en un segundo para quedar mansas como un espejo al siguiente; fueron, según las campanas de la iglesia, tres horas. Quedaban todavía muchas por delante.

Yo estaba preparado para todo... excepto para lo que ocurrió. De pronto, escuché un alarido desgarrador. Venía de la habitación donde estaba Elizabeth. No pude moverme. Ni siquiera pude levantar los brazos. Inmediatamente comprendí; el sentido de la amenaza del monstruo se hizo de pronto evidente. Nunca había estado dirigida directamente hacia mí. Pocos segundos más tarde sonó un segundo grito, lastimero, lleno de dolor y miedo. Entonces reaccioné y corrí a la habitación.

Allí estaba Elizabeth, muerta. La encontré atravesada en la cama,



con la cabeza colgando del borde y el pelo cayendo hacia atrás como un velo. El monstruo la había asesinado y luego la había arrojado sobre el lecho como un despojo. ¿Cómo fui capaz de ver semejante espectáculo y seguir vivo? Aún hoy, esa imagen se me aparece a cada rato, en cualquier momento, y me hiela la sangre...

Tras la ventana, bañado por la luz de un relámpago, vi al monstruo. En su rostro se dibujaba una macabra sonrisa. Su tosca mano señalaba el cadáver de mi esposa.

Disparé mi pistola. Escuché el estruendo de la bala y el ruido de los vidrios de la ventana al estallar. El monstruo se dio vuelta y empezó a correr, indemne.⁶³ Al llegar a la costa, se zambulló en el lago con un ágil salto y desapareció.

63 **Indemne:** que no ha sufrido daño.

CAPÍTULO XIV

Di sepultura a mi esposa y regresé a Ginebra. A los pocos días, murió mi padre, incapaz de soportar la pena.

Luego, mis recuerdos son inciertos y brumosos. Me consta que, al cabo de unos meses, me encerraron en un calabozo. Mi conducta se había vuelto muy extraña y se me diagnosticó demencia. Perdí todo contacto con la realidad y solamente veía sombras a mi alrededor. Es verdad que a veces soñaba con paseos por floridos valles, rodeado por mis amigos de la juventud. Pero luego despertaba y me hallaba solo en mi celda. La tristeza me destrozaba el corazón. Deseaba morir, y a veces creía estar muerto y hundido en el infierno.

Poco a poco, la lucidez retornó a mi mente aterrorizada. Con la ayuda de mi hermano Ernest conseguí la libertad, y volví a casa con un claro objetivo en mente: la venganza. Pasé muchas horas tratando de hallar el mejor modo de saciar mi sed de sangre. Finalmente, en un momento de debilidad y cansancio, visité al juez y le conté mi caso. Le hablé con tono grave y tranquilo, evitando los desbordes emocionales. Estaba decidido a perseguir a mi enemigo hasta terminar con él, y esa decisión me reconciliaba con la vida. El funcionario me escuchó con atención y respeto; en sus ojos se percibía un creciente horror.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos por atrapar al monstruo, señor Frankenstein —dijo, una vez que concluí mi relato, y tras tomarse unos instantes para meditar, agregó—: Pero, según parece, la captura puede llegar a ser compleja; el poder de esa criatura supera mis recursos. Vaya y no se preocupe. No bien tenga novedades, se las haré saber.

Me retiré furioso, convencido de que el juez se estaba burlando de mí. Me di cuenta de que, en adelante, me vería obligado a tomar decisiones drásticas. La primera fue abandonar Ginebra, un lugar en el que había sido muy feliz y que ahora me resultaba insoportable. La segunda fue iniciar en forma solitaria la caza del monstruo; pero... ¿cómo podría encontrarlo?

Antes de irme de la ciudad, visité una noche el cementerio en el que estaba sepultada mi familia. Todo era silencio, excepto por el rumor de las hojas secas agitadas por el viento. Frente a las tumbas de los seres queridos no experimenté pena ni dolor, sino odio y desprecio por mí mismo. La necesidad de venganza me quemaba el corazón. No me sentía digno de llorar por ninguno de ellos hasta ver reducida a cenizas a mi creación.

Me arrodillé sobre el césped y tomé entre mis dedos un puñado de tierra. Y allí, en las sombras, juré perseguir y destruir al monstruo, o perder la vida en el intento.

De pronto, la quietud de la noche fue interrumpida por una diabólica carcajada. El eco de las montañas la repitió, y el inquieto viento pareció traerla hacia mí una vez más. El mundo entero parecía burlarse de mí.

—Estoy satisfecho, miserable —dijo el monstruo. Su voz sonaba muy cercana, como si estuviera a unos pocos pasos—. Has decidido vivir...

Miré a mi alrededor. De pronto, las nubes que cubrían la luna se dispersaron y pude ver a mi odiada criatura a escasos metros. Me lancé sobre él, pero huyó con velocidad sobrehumana.

Lo perseguí, y sigo persiguiéndolo desde hace muchos meses. Siguiéndole la pista recorrí el curso del Ródano⁶⁴ sin dar jamás

64 **Ródano:** río de Suiza y Francia.

Tocar rós-
tinos, los
on a ame
Tanta bar-
de cosa
toda la
compañando

con él. Llegué a las azules aguas del Mediterráneo y por casualidad lo vi una noche. Abordaba un buque con destino al mar Negro.⁶⁵ Logré embarcarme también, pero el monstruo consiguió mantenerse oculto, no sé cómo.

Lo seguí por las heladas estepas⁶⁶ de Rusia, siempre cerca pero no lo suficiente. A veces los campesinos, espantados por su horrenda apariencia, me informaban de su paso; otras, el propio monstruo dejaba señales para orientarme, temeroso de que yo me diera por vencido y me dejara morir. La estepa es un lugar terrible. Sin embargo, el frío, el hambre y la fatiga fueron los más leves de mis sufrimientos: llevaba el infierno dentro de mí, y ningún sufrimiento externo era capaz de hacerme olvidar ni por un segundo mi sed de sangre. Además, un espíritu bueno me guiaba y me asistía, ya que en varias oportunidades, en los sitios más desolados, hallaba comida y bebida dispuestas como si hubieran sido preparadas especialmente para mí. Eran platos toscos y rudimentarios, pero salvaron mi vida.

Durante la persecución, la vida se me hizo penosa y desagradable. Solamente durante las horas de sueño disfrutaba de la felicidad. En la vigilia todo era odio, fatigas y privaciones. El sueño, en cambio, me traía el benévolo rostro de mi padre y la suave voz y la mirada amorosa de Elizabeth. También me traía la imagen de un Clerval joven y lleno de proyectos, y las lejanas risas de mis hermanos Ernest y William, aún niños, jugando en el parque de Belrive. El odio no existía. El sueño era un estado de felicidad, donde todas las cosas positivas de mi vida se presentaban convenientemente lejos, para que mi mano no pudiera arruinarlas.

A medida que avanzaba hacia el norte la nieve se hacía más espesa e intransitable. El frío era tan intenso que apenas se podía soportar.

65 **Mar Negro:** mar interior que separa Europa oriental de Asia occidental.

66 **Estepa:** llanura muy extensa y sin cultivar.

Resultaba casi imposible encontrar una presa: los animales ya se habían recluso en sus madrigueras hasta el fin de la estación, y solo unos pocos depredadores rondaban al acecho. Los ríos se habían congelado y ya no había pesca.

Para desplazarme tenía un trineo y perros, con los que avanzaba muy rápido. De ese modo reduje la ventaja que el monstruo me llevaba, y casi llegué a darle caza en las costas del océano Ártico. Allí, hablando con unos campesinos, me enteré de que mi enemigo poseía un trineo como el mío y armas de fuego. Y que había asolado algunas casas cercanas, robando todos los alimentos disponibles. Se había marchado sobre el mar congelado siguiendo la dirección norte. Según los lugareños, eso había sido un grave error, y mi enemigo no tardaría en perecer por el resquebrajamiento de los hielos o por el frío extremo.

A pesar de estas advertencias, descansé algunas horas y decidí ponerme en camino. No puedo decir exactamente cuántos días han pasado desde entonces, pero sé que he soportado sacrificios demenciales. Vi desmoronarse colosales montañas de hielo y sentí cómo las aguas se movían inquietas bajo mi trineo, amenazándome con tragarme para siempre.

Y todo lo que he visto es hielo. Siempre, a cada momento, mi vista se perdía en los blancos desiertos que me rodeaban, al acecho de una presa invisible. En una oportunidad, mis perros lograron llevarme a la cima de un escarpado témpano; fue una proeza de resistencia y desesperación que le costó la vida a uno de los más hermosos animales de mi cuadrilla. Desde lo alto alcancé a ver, a una distancia descorazonadora, un pequeño punto negro envuelto por la bruma. Era mi enemigo. Existía. Grité de alegría y los ojos se me llenaron de lágrimas; ahora mismo, al recordarlo, me invade el deseo de llorar.

No perdí tiempo. Desaté el perro muerto y me lancé a la persecución. Al principio, me pareció que la distancia entre ambos se iba acortando. Esa impresión no tardó en convertirse en seguridad. Después de dos días ininterrumpidos de carrera, nada más que mil quinientos

to car ro-
tinos, los
on a ame
n tanta ba-
de cosa
n toda la
compañando

metros me separaban del monstruo. Sentía el corazón colmado de alegría. La furia me cegaba.

Pero fue entonces cuando sentí como si una infernal tormenta se desatara a mi alrededor, aunque el cielo estaba liso y blanco. Sentí pánico. Súbitamente comprendí que los hielos sobre los que avanzaba se estaban quebrando y que el agua brotaba en violentos remolinos debajo de mí. Intenté apurar la marcha, pero ya era tarde. El rugido del mar se hizo insoportable, el hielo estalló con la furia de un temblor de tierra y por un rato me dejó completamente sordo. La naturaleza concluyó inmediatamente su obra, y pude observar cómo entre mi enemigo y yo se abría de pronto una infranqueable franja de mar. Todo estaba perdido. Quedé flotando a la deriva en un trozo de hielo que poco a poco se iba haciendo más pequeño.

Luego de muchas horas divisé el buque. Al principio creí que se trataba de una alucinación que precedía a la muerte. Pero los minutos pasaban y el buque estaba cada vez más próximo, puesto que yo avanzaba hacia él. Finalmente vi que unos marineros me miraban desde la cubierta, llenos de asombro, como si estuvieran ante un prodigio. A los gritos, me dijeron que el capitán no permitiría que yo muriera en mar abierto.

Me subieron a bordo, y esa es toda mi historia.

CONTINUACIÓN DE LA CORRESPONDENCIA DE ROBERT WALTON

26 de agosto de 1795

Querida hermana:

El relato que has leído es extraño y aterrador, ¿verdad? Sin embargo, tiene todo el aspecto de ser cierto. Víctor llevaba algunos documentos que respaldaban sus recuerdos, pero no tuve el valor de revisarlos. Creo en sus palabras, y estoy convencido de que el monstruo es real y está allá afuera.

Durante nuestras charlas, Frankenstein descubrió que yo efectuaba anotaciones y me pidió permiso para revisarlas. Lo que has leído, querida Margaret, contiene numerosas modificaciones y ampliaciones que se deben a su protagonista. Él se ocupó de hacer más vívidos los diálogos y de ajustar las descripciones.

Desde que conozco la historia, no puedo evitar mirar a mi huésped con extrañeza; ha pasado por el infierno y me gustaría ayudarlo, pero a veces pienso que solamente la muerte le traerá la paz. Hablamos sobre muchos otros temas, ya que es un hombre muy culto. Creo que, de no haber sido por su tragedia, habría llegado lejos en el mundo. ¡Y su tragedia fue crear un ser pensante! ¿Te das cuenta? Nadie antes había logrado algo así.

* * *

2 de septiembre de 1795

El peligro me rodea. Estamos entre montañas de hielo que pueden aplastarnos en cualquier momento. Resulta casi imposible avanzar, pero la tripulación está empeñada en acompañarme hasta el final.

No quiero morir por un simple proyecto científico, pero tampoco quiero darme por vencido aún. Mi huésped me mira con compasión y trata de darme ánimo. ¡Pobre hombre! Y lo peor de todo es que logra contagiarme cierto optimismo... Hasta los marineros se dejan llevar por las palabras de Frankenstein y se obstinan en seguir adelante. Habrá que ver por cuánto tiempo...

* * *

5 de septiembre de 1795

Ha ocurrido algo extraordinario. Y, aunque creo que estos papeles jamás llegarán a tus manos, te lo contaré de todos modos.

Seguimos encerrados entre el hielo. El frío es muy intenso y hemos perdido a algunos hombres. La salud de mi huésped ha comenzado a desmoronarse y no creo que nos acompañe por mucho más tiempo.

Temía un motín;⁶⁷ pues bien, eso fue lo que pasó. Esta mañana, mientras atendía a Frankenstein, unos marineros pidieron hablar conmigo. Te ahorraré la intriga, Margaret: los hombres querían que les prometiera solemnemente que tomaría rumbo sur no bien nos libráramos del hielo. Querían volver a Inglaterra.

Vacilé. No tenía intención de darme por vencido, aunque tampoco iba a hacer que cada marinero dejara la vida por mi empresa. Pero Frankenstein, a mi lado, estalló en cólera.

67 **Motín:** rebelión de una muchedumbre contra la autoridad.

Tocar ro-
tinos, los
on a ame
Tanta ba-
de cosa
toda va
comparando

—¿Qué significa esto? ¿Qué le piden ustedes a su capitán? —gritó—. ¿Tan fácilmente abandonan sus cometidos, cobar-des? ¿No decían que esta era una “gloriosa expedición”? ¿Y por qué iba a ser gloriosa? No sería seguramente porque la ruta fuese fácil y agradable, sino porque estaba poblada de peligros y desafíos. Sería gloriosa porque ustedes deberían demostrar cada día su valor y su fortaleza, venciendo adversidades y con-tratiempos... Por llevar a cabo una empresa gloriosa serían re-cordados por siglos como benefactores de la humanidad; por ello, sus nombres vencerían la muerte. Pero resulta que, ante la primera prueba razonablemente seria, se acobardan y de-sean volver corriendo junto a la estufa... ¡Para eso se hubieran ahorrado el esfuerzo de venir hasta aquí! ¡Sean valientes! Los valientes no se resignan ante la derrota... Los valientes luchan y vencen.

Los marineros se miraron entre sí, conmovidos. Les pedí que se marcharan y reconsideraran sus planteos. Le agradecí a Frankenstein su colaboración, pero le dije que no debería ha-berse exaltado tanto. Estaba exhausto.

Ignoro cómo terminará esto. Prefiero morir antes que vol-ver avergonzado. Pero creo que la tripulación ya no me acom-pañará más lejos.

12 de septiembre de 1795

Todo terminó. Vuelvo a Inglaterra. He perdido mis espe-ranzas de gloria y he perdido a mi amigo. Luego, ha ocurrido algo inexplicable. Trataré de relatarte los hechos tal como ocu-rrieron. Mi único consuelo es que te veré pronto.

El 9 de septiembre comenzaron a moverse los hielos; sus rugidos, semejantes a truenos, podían oírse desde muy lejos.

Nos amenazaba un gran peligro, pero no podíamos hacer nada salvo esperar. El hielo se rompía detrás de nosotros, impulsándonos hacia el norte. Luego comenzó a soplar el viento desde el oeste, y el día 11 quedó totalmente despejado el paso hacia el sur. Los marineros se pusieron a festejar. El griterío despertó a Frankenstein.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó.

—La tripulación celebra la vuelta a casa —dije.

—¿Abandona su proyecto?

—Me veo obligado a volver —respondí.

—Vuelva si quiere —dijo Frankenstein—, pero déjeme aquí. Mi propósito está fijado por el cielo y no puedo abandonarlo. Estoy débil, pero encontraré el modo de salir adelante...

Se levantó de la cama y llegó a dar dos pasos antes de caer al suelo sin sentido. Tardó mucho tiempo en recobrar el conocimiento. El médico le dio calmantes y le recomendó reposo. Me llamó aparte y me comunicó que mi huésped no viviría muchas horas más.

Me quedé junto al moribundo. Al rato escuché su voz, muy débil: me rogaba que me acercara.

—Las fuerzas me abandonan... —dijo—. Falta poco para que muera, pero mi enemigo queda vivo. Mi deber era destruir mi creación, y he fallado. Le ruego ahora, amigo, que lleve a cabo lo que yo no he podido hacer. No puedo pedirle que, como yo, renuncie a su vida para acabar con el monstruo; dejo todo en sus manos. Usted sabrá cómo actuar... Recuerde los crímenes de ese monstruo y decida cuántas molestias podría usted tomarse para ponerles fin... Mi tiempo de descanso ha llegado. ¡Adiós, Walton! Busque la dicha en la tranquilidad y evite caer en la ambición...

Me pareció que quería seguir hablando, pero la voz le fallaba. Sus ojos expresaban una gran tristeza, y también, ansiedad.

Me estrechó la mano, débilmente. Una sonrisa se congeló en sus labios. Estaba muerto.

Esa misma noche, Margaret, ocurrió el hecho más extraordinario que puedas imaginar. En la madrugada escuché ruidos en el camarote donde habían quedado los restos de Víctor. Fui a ver qué ocurría. Nada me había preparado para aquello: ahí, en la cabecera de la cama, estaba el monstruo. No sé si puedo describirlo: era gigantesco, deforme, desproporcionado... Un ser grotesco. El cabello desgredado le caía sobre el rostro, solo se alcanzaba a ver bien una de sus gigantescas manos. La piel parecía la de una momia. Al verme se retiró hacia la ventana y pude verlo mejor. Su fealdad era sorprendente y repulsiva a la vez. Recordé de inmediato el pedido que Frankenstein me había hecho antes de morir. Debía acabar con la criatura.

—¡No se vaya! —grité—. ¡Por favor, no se vaya!

Se detuvo, mirándome con extrañeza. Luego contempló el cadáver tendido sobre la cama. Estaba muy abatido.

—Ya puedo dejar de matar —murmuró—. Frankenstein... ¿servirá de algo que te pida que me perdones? ¿Por qué tenías que ser tan irracional? ¡Ah! Ya no puedes contestarme...

Su voz sonaba ahogada por la emoción. Yo llevaba en la cintura un cuchillo de caza, pero mi mano ya había renunciado a buscarlo. Una mezcla de curiosidad y compasión me impedía atacar a ese extraño ser. Me acerqué a él, sin mirarlo a la cara, y quise hablar, pero mis palabras murieron antes de salir. El monstruo parecía sentir culpa. ¡Culpa! ¿Te das cuenta?

Por fin, reuní el valor para hablar.

—Tu arrepentimiento no es inútil —dije—. Si hubieras escuchado antes la voz de tu conciencia, Frankenstein estaría aún con vida.

—¿Acaso crees que yo no era consciente del mal que causaba? —dijo el monstruo, señalando el cadáver—. Él no ha



sufrido con las desgracias que ocurrieron ni la milésima parte de lo que yo he sufrido provocándolas. ¿Crees que no siento remordimiento? Mi corazón estaba preparado para responder al amor y a la simpatía, no para causar daño...

El monstruo se apoyó contra la pared, como si su propia corpulencia le fuera difícil de sostener, y continuó:

—Pareces ser amigo de Frankenstein, y seguramente conoces las penas y las desgracias que lo afligieron. Pero no puedes conocer las interminables horas de dolor que yo he pasado... Al destruir las esperanzas de mi creador yo no realizaba las mías, créeme. En realidad, me alejaba cada vez más de lo único que deseaba en el mundo: no ser rechazado. Conoces mi historia, pero no he escuchado que te lamente por las humillaciones que he sufrido. ¿Te parece mal que Félix me haya atacado sin causa cuando entró en la choza y me vio junto a su padre? ¿Merece tu reprobación el campesino que me hirió luego de que yo salvé la vida de aquella muchacha...? Claro que no. Yo soy grotesco y deforme. Solamente sirvo para ser despreciado y odiado... Muy bien, entonces: también maté al inocente, estrangulé a quien ningún mal me había hecho y llevé a la tumba a mi creador. Yo también soy malvado, no lo niego... Y pagaré por los males que cometí.

Quise interrumpirlo para decirle que lo comprendía, pero me detuvo con un gesto.

—Sé lo que vas a decirme. No te preocupes —continuó—, no mataré más. Solo queda una muerte para terminar con esta desgracia, y es la mía. No falta mucho. Me alejaré de este barco y trataré de llegar al Polo. Allí cavaré mi tumba. No volveré a contemplar el sol ni las estrellas, ni sentiré la caricia del viento en la cara. No habrá para mí luz, sensaciones ni deseos... Y seré feliz. ¡Me duele tanto lo que he hecho! Pero pronto moriré y dejaré de sentir lo que ahora siento. Pronto habrá desaparecido

esta desesperación. Mi espíritu dormirá en paz. No habrá más rechazo ni soledad para mí... Adiós.

Saltó desde la ventana hasta un témpano que flotaba cerca del barco. Pronto fue arrastrado por las olas y se perdió en la oscuridad y la distancia.

(Sobre terreno conocido)

Comprobación de lectura

Completen las frases con los nombres de personajes y de lugares correctos, eligiéndolos de las siguientes listas.

Personajes: Alphonse, Safie, Víctor, Clerval, Kirwin, Elizabeth, Robert Walton, monstruo, Margaret, De Lacey.

Lugares: Montanvert, Ingolstadt, Constantinopla, Arcángel, Ginebra, San Petersburgo, Inglaterra, Irlanda, París, Como.

- a) creó al monstruo en
- b) se embarcó hacia el Polo Norte en
.....
- c) La primera carta que recibió de su hermano Robert fue enviada desde
- d) Siendo una niña, conoció a Víctor Frankenstein cerca del lago de
- e) El padre de Víctor,, se estableció en
..... tras el nacimiento de Ernest.
- f) Víctor escuchó la historia del en una cueva cerca del pico
- g), el anciano ciego, vivía en
antes de ser desterrado.

- h) Tras enterarse de la verdad, abandonó
..... y fue a Alemania en busca de Félix.
- i) acompañó a Víctor en su viaje por
.....
- j) En, el juez condenó a
Víctor por el asesinato de Clerval.

Marquen con una cruz la opción correcta.

- 1 La acción de la novela transcurre...
- a) a fines del siglo XIX. ☐
 - b) a principios del siglo XVIII. ☐
 - c) a fines del siglo XVIII. ☐
- 2 Las cartas con las que inicia la novela están destinadas a la hermana...
- a) del explorador. ☐
 - b) de Frankenstein. ☐
 - c) del monstruo. ☐
- 3 Alphonse Frankenstein y su mujer adoptan a...
- a) Víctor. ☐
 - b) William. ☐
 - c) Elizabeth. ☐
- 4 Víctor Frankenstein, siendo muy joven, comenzó a leer obras de los...
- a) anatomistas. ☐
 - b) alquimistas. ☐
 - c) prestamistas. ☐
- 5 Antes de ingresar a la universidad, Víctor perdió...
- a) a su hermano Igor. ☐
 - b) al monstruo. ☐
 - c) a su madre. ☐

6 Waldman y Krempe eran...

- a) profesores de Educación Física.
- b) profesores de Física.
- c) alquimistas.

☐
☐
☐

7 Lo primero que hizo el monstruo fue...

- a) abrir los ojos.
- b) matar a William.
- c) viajar a la casa de De Lacey, en París.

☐
☐
☐

8 Luego de crear al monstruo, Víctor encontró en Ingolstadt a...

- a) su padre.
- b) Cornelio Agrippa.
- c) Henry Clerval.

☐
☐
☐

Completen el acróstico siguiendo las referencias.

1)		F	_____
2)	___	R	_____
3)	___	A	_____
4)	___	N	_____
5)		K	_____
6)	___	E	_____
7)	___	N	_____
8)	___	S	_____
9)	___	T	_____
10)	___	E	_____
11)	___	I	_____
12)	___	N	_____

Referencias

- 1) País de origen de De Lacey.
- 2) Archipiélago en el que Víctor estableció el laboratorio para crear una compañera al monstruo.
- 3) Apellido de Elizabeth.

- 4) Nombre del único hijo de Alphonse Frankenstein que no muere durante la novela.
- 5) Profesor de Física de Víctor en la Universidad de Ingolstadt.
- 6) Ciudad donde nació Víctor.
- 7) Nombre del alquimista alemán Agrippa.
- 8) Nombre de pila de la criada de los Frankenstein.
- 9) Rumbo que debía seguir Robert Walton en su expedición científica para llegar a destino.
- 10) Localidad en las afueras de Ginebra en la que los Frankenstein tenían una casa.
- 11) Nombre de la primera víctima del monstruo.
- 12) Nombre de pila del mejor amigo de Víctor.

Lean las acciones de la lista y luego numérenlas del 1 al 15 según el orden que tienen en la novela.

- Robert Walton encuentra al monstruo. ☐
- Víctor y Clerval se separan en Edimburgo. ☐
- Víctor y Elizabeth se casan. ☐
- Víctor y Clerval se reencuentran en Ingolstadt. ☐
- El monstruo habla con De Lacey. ☐
- William es asesinado. ☐
- Víctor destruye a la compañera del monstruo. ☐
- El monstruo lee las notas de Víctor acerca del experimento. ☐
- Víctor dispara sobre el monstruo en Evian. ☐
- El monstruo guía a Víctor hasta una caverna. ☐
- Walton, con un catalejo, ve al monstruo guiando un trineo. ☐
- Víctor lee a Cornelio Agrippa. ☐
- Walton conoce a Víctor. ☐
- Víctor muere. ☐
- Margaret Walton recibe una carta fechada en San Petersburgo. ☐

Actividades de comprensión

- 1 La acción de la novela se sitúa a fines del siglo XVIII; indiquen si los hechos y procesos históricos que se mencionan en el cuadro habían tenido lugar o no para esa época.

	Anterior	Posterior
Descubrimiento de América		
Revolución Francesa		
Desarrollo del Iluminismo		
Revolución de Mayo		
Batalla de Waterloo		
Primera Guerra Mundial		
Creación de las Naciones Unidas		
Desarrollo del cubismo		
Inención de la imprenta		
Primer gobierno de Juan Manuel de Rosas		

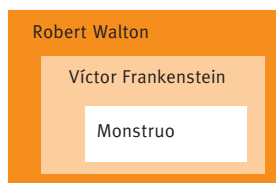
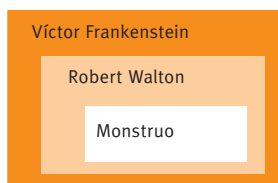
- 2 Marquen con una X las oraciones correctas con respecto al narrador o los narradores de *Frankenstein*.
- a) El narrador es Víctor Frankenstein, que pone los hechos por escrito, como si se tratara de un diario. ☐
 - b) La historia de los primeros días del monstruo es contada por un narrador omnisciente. ☐
 - c) El monstruo cuenta a Víctor su historia, y Víctor se la cuenta a Walton. ☐

- d) El narrador de toda la acción es Alphonse Frankenstein, que relata la historia de su hijo. ☐
- e) El narrador es Robert Walton, que relata los hechos a su hermana mediante cartas. ☐
- f) El monstruo no puede ser el narrador porque no domina la escritura. ☐
- g) El narrador es Mary Shelley. ☐
- h) Víctor Frankenstein narra su historia a Walton. ☐
- i) Walton le cuenta a su hermana su propia historia. ☐
- j) El monstruo se enteró de la historia de De Lacey leyendo la correspondencia de la familia. ☐

3 En la novela aparecen varios narradores, que se relacionan estructuralmente entre sí según el modelo conocido como “de cajas chinas” o “de muñecas rusas”. Una muñeca rusa contiene en su interior otra más pequeña y esta, a su vez, contiene otra. De manera semejante, en *Frankenstein*, el relato de un narrador contiene al de otro.



Analicen y fundamenten: ¿Cuál de los siguientes esquemas sirve para graficar la relación que se presenta entre los narradores en la novela?



Actividades de análisis

- ❶ Los personajes principales de la novela son Víctor y el monstruo. Casi todos los personajes secundarios reaccionan con simpatía hacia el primero y con horror con respecto al segundo. Sin embargo, ¿se puede decir que uno es el héroe y el otro es el villano?
- a) A continuación se extraen del texto algunos pasajes sobre Víctor y sobre el monstruo. En cada caso se indican, además, seis adjetivos. Rodeen con color rojo los que describen bien al personaje y con azul los que no lo hacen. Consulten el diccionario para conocer el significado de los adjetivos sobre los que tienen dudas.

Víctor: Pertenezco a una de las familias más distinguidas de Ginebra. Siguiendo una antigua tradición, mi padre trabajaba en la administración pública y desempeñó importantes cargos con honor e integridad [...]. Yo, el mayor de sus hijos, nací en Nápoles, y como mis hermanos Ernest y William nacieron muchos años después, durante mi primera infancia disfruté de tener el cariño de mis padres totalmente para mí.

- | | | |
|-------------|-----------------|-----------------|
| • orgulloso | • irresponsable | • humilde |
| • vanidoso | • soberbio | • incandescente |

Víctor: Mi madre había muerto, pero la vida seguía y yo sabía que tarde o temprano debía trasladarme a Ingolstadt. No me marché enseguida, porque pensé que sería un sacrilegio dejar tan pronto el luto, pero finalmente el día de la partida llegó [...]. Esos eran mis pensamientos al comenzar el viaje, pero poco después comencé a sentirme más optimista. Deseaba con toda el alma adquirir nuevos conocimientos y quería ver el mundo. Mis proyectos se estaban cumpliendo, de modo que no había motivo para estar triste.

- | | | |
|---------------|-----------------|--------------|
| • sentimental | • insensible | • inapetente |
| • epicúreo | • inconsecuente | • egoísta |

Víctor: —Ella no encuentra consuelo —continuó, haciendo un enorme esfuerzo—. No deja de decir que, si no hubiera sido por ella, William viviría. De todos modos, desde que se descubrió quién lo mató...

Sentí que las piernas, nuevamente, dejaban de sostenerme. ¿Ya se sabía todo? ¿Acaso la criatura había mencionado mi nombre?

—¿Descubrieron al asesino? —grité alarmado, mientras me apoyaba contra el escritorio—. ¡Santo cielo! ¿Cómo puede ser? ¿Y para qué? No creo que nadie se atreva a perseguirlo, y por otra parte, sería inútil... ¡Yo mismo lo vi anoche!

—No sé de qué estás hablando —dijo Ernest, mirándome como a un enajenado—. ¿No sabes que Justine Moritz está acusada por el asesinato? ¿Puedes creerlo? Nuestra propia criada... a la que Elizabeth trataba y adoraba como a una hermana menor.

—¿Justine Moritz? Pobrecita... Imagino que debe ser un error... Bueno, si se la acusa, deben existir pruebas, ¿verdad?

- justo
- cobarde
- mentiroso
- valiente
- traidor
- flemático

El monstruo: —¡Tranquilízate! Lo único que quiero es que cumplas tu deber para conmigo. Entonces, yo cumpliré el mío hacia ti y el resto de la humanidad. No trates de luchar contra mí; me has hecho poderoso. Podría matarte con facilidad. Por favor, no seas injusto. Solo quiero que me escuches...

—¡Vete! Somos enemigos mortales —dije.

—Vamos, Frankenstein, te pido que seas razonable. Mi aspecto es grotesco; todos me temen. Huyen de mí. Estoy solo y mi vida es increíblemente miserable... Pero tú me has creado y puedes hacerme feliz.

—Lo único que deseo es no verte más...

—No me verás más si me escuchas y te compadeces de mí. Quiero que conozcas mi historia y escuches mi pedido. Luego desapareceré.

- sensato
- sumiso
- contemporizador
- melindroso
- vengativo
- pacífico

El monstruo: La soledad me producía cada día más sufrimiento. Tenía la necesidad urgente de presentarme en la cabaña y darme a conocer a mis amigos. Necesitaba ser tratado como una persona y no como un monstruo. Mi lado humano me impulsaba hacia la compañía... Y pensé que la virtud me abriría la puerta de la cabaña y los brazos de mis amigos. Ellos habían sufrido. Habían sufrido y eran bondadosos. Comprenderían. ¿Acaso rechazarían a un ser que se presentara ante ellos en busca de compasión y amistad, aunque se tratara del ser más horrible? Con estas ideas en mente, empecé a prepararme para el encuentro que cambiaría mi vida.

- sociable
- estoico
- compasivo
- sagaz
- misántropo
- previsor

El monstruo: —Has destruido tu obra... Has destruido a mi compañera —continuó—. He soportado muchas penurias para seguirte... ¿Padecí tanto frío, tanta hambre y tanta fatiga para esto? ¿Piensas destruir así mis esperanzas? ¿Vas a romper tu promesa?

—¡Vete! ¡Rompo mi promesa! ¡No crearé otro ser como tú! Tus amenazas no me dan miedo. No te daré una compañera para que te siga en tus maldades. Ahora ¡vete!

El monstruo me miró con desprecio.

—¿Así que me condenas a vivir solo...? —dijo—. Escucha: a partir de hoy tus horas transcurrirán en medio del miedo y la infelicidad. Y, algún día, dejaré caer el golpe que te hundirá para siempre. Pagarás por tu injusticia. Ahora, vive como puedas. Pero te prevengo: estaré rondando en tu noche de bodas.

- irascible
- diligente
- alocado
- cruel
- implacable
- paciente

b) Discutan entre todos y fundamenten: ¿qué tres adjetivos utilizarían para definir a Víctor y al monstruo?

- 2** Sobre la base de las conclusiones de la actividad anterior, debatan: ¿Por qué les parece que Víctor es percibido por los personajes de la novela como una víctima? ¿Por qué creen que el monstruo es temido y odiado?

- ② Según se señaló en la introducción, Isaac Asimov definió la ciencia ficción como “...la rama de la literatura que trata sobre las respuestas humanas a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología”. En la novela que analizamos, “los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología” están dados por la novedosa posibilidad de crear vida, mientras que la “respuesta humana” es el modo en que todos los personajes tratan al monstruo. *Frankenstein*, por tanto, puede ser considerada como una obra de ciencia ficción.

De acuerdo a lo anterior, indiquen cuáles de los siguientes argumentos pueden ser catalogados como pertenecientes a la ciencia ficción. Justifiquen las decisiones que hayan tomado.

Un científico nuclear halla en un desván un antiguo manuscrito que, mediante una sucesión de palabras, permite dotar de vida a los objetos. El científico construye una estructura metálica de apariencia vagamente humana y le confiere vida. De inmediato, la criatura domina el mundo y esclaviza a la humanidad, que intenta rebelarse.

Sin saber cómo ni por qué, un hombre se ve transportado a un planeta similar a la Tierra, en una galaxia muy lejana. Solamente permanece allí por media hora; tras ese lapso aparece nuevamente en la Tierra. El raro fenómeno se sucede cada vez más seguido, y la vida social, laboral y familiar del viajero se ve afectada negativamente. Nadie cree que el viajero salga y entre de la galaxia por tan solo media hora.

Se desarrolla un nuevo combustible basado en una mezcla de arena y agua salada. Es tan barato y abundante que revoluciona los costos de la industria y los mercados de consumo. Los vehículos, por ejemplo, se venden a precios tan bajos que hasta los más pobres pueden comprar varios autos y aviones. Los océanos se cierran para utilizarlos como yacimientos del nuevo combustible, y las personas descubren que ya no pueden ir al mar y a la playa.

Un científico loco, que habita un castillo abandonado y tiene por asistente a un jorobado, desarrolla una máquina para viajar en el tiempo basada en los principios de la teoría de la relatividad. Desde entonces viaja al pasado para vengarse de todos los que se rieron de él, y cada vez desea vengarse de más gente.

Actividades de producción

- ❶ **Instrucciones para armar un monstruo.** Uno de los aciertos de Mary Shelley consiste en no describir el proceso que Víctor utilizó para crear vida. Ese procedimiento resultaba válido en una época en que la ciencia era un cuerpo de conocimiento muy extraño al común de los lectores. Hoy en día, gracias a la enorme difusión de la tecnología, los rudimentos del método científico son parte del saber común.

Redacten un manual de instrucciones que acompañaría las piezas de un objeto de consumo llamado “Monstruo para armar”.

- Deben indicar paso a paso el procedimiento que hay que seguir para ensamblar el monstruo y dotarlo de vida.
- El estilo debe ser claro, objetivo y preciso, para que cualquiera pueda seguir las instrucciones sin errores ni malentendidos.
- La información contenida puede ser verosímil, absurda o humorística, pero debe mantener la coherencia.
- El manual constará de quince pasos y una lista de los objetos incluidos en la caja de “Monstruo para armar”. Pueden acompañar el manual con dibujos, para que las instrucciones resulten más claras.

- ❷ **Descripción.** Los personajes principales de la novela, creador y creación, son muy distintos entre sí y nunca llegan a comprenderse. Elijan a uno de ellos —a Víctor o al monstruo— y descríbanlo desde el punto de vista del otro personaje. Es importante mantener las características del narrador (su modo de pensar, sus prejuicios sobre el individuo que describe, etc.) tanto como su estilo. El estilo mediante el que cada personaje se expresa nos da información y nos ayuda a entenderlo. Víctor se expresa de un modo grandilocuente, y sus percepciones acerca de los hechos y de las personas no son muy precisas. El monstruo, en cambio, utiliza frases cortas y palabras sencillas que reflejan experiencias directas; además, se expresa con precisión y de un modo muy emotivo.

La descripción deberá ser:

- a) Física: fisonomía, apariencia, detalles de movimiento o postura corporal.
- b) Psicológica: actitud, modo de pensar, ideas o sentimiento que lo motivan, gustos, hábitos.

③ **Luz, cámara, acción!** Los dos primeros párrafos del capítulo III describen el momento en el que el monstruo cobra vida. Extraigan de allí las imágenes y acciones principales para hacer un *storyboard*. El *storyboard* es una técnica que se utiliza en cine y en publicidad, y que ayuda al director a diseñar el modo en que las imágenes contarán la historia. Se desarrolla a partir del guión y tiene un aspecto muy parecido al de una historieta. En cada cuadro hay una imagen, y la sucesión de imágenes cuenta la historia. Cada cuadro es una toma: allí se ve qué imagen tomará la cámara, desde qué ubicación, y en qué plano. Por ejemplo, un plano general sirve para mostrar espacios amplios, como el laboratorio de Víctor; un plano americano muestra la figura humana a partir de las rodillas, un primer plano los hombros y el rostro, y un *close-up* muestra un detalle recortado del entorno (por ejemplo, los ojos del monstruo al abrirse). Los diálogos se transcriben en un rectángulo bajo el cuadro del dibujo.

El *storyboard* de la escena del momento en que el monstruo cobra vida puede realizarse en diez cuadros; el primero será un plano general del laboratorio de Víctor, con el monstruo en la camilla y el científico a un lado, llevando a cabo la tarea final. De allí en adelante, se mostrará en detalle lo que ocurre con el monstruo y la reacción de Víctor. El último cuadro mostrará la huida de Víctor, que recién se narra en el cuarto párrafo.

Recomendaciones para leer y para ver

Si les gustan las historias de ciencia ficción, pueden leer:

- Asimov, Isaac. *Fundación*. Barcelona, Debolsillo, 2003.
- Asimov, Isaac. *Preludio a la fundación*. Barcelona, Debolsillo, 2004.
- Asimov, Isaac. *Segunda fundación*. Barcelona, Debolsillo, 2003.
- Ballard, J.G. *Playa Terminal*. Buenos Aires, Minotauro, 1971.
- Bradbury, Ray. *Crónicas marcianas*. Barcelona, Minotauro, 2001.
- Bradbury, Ray. *El hombre ilustrado*. Barcelona, Minotauro, 2002.
- Bradbury, Ray. *Fahrenheit 451*. Barcelona, Plaza y Janés, 1982.
- Matheson, Richard. *Soy leyenda*. Barcelona, Minotauro, 1988.
- Lem, Stanislaw. *Solaris*. Barcelona, Minotauro, 1988.
- Wells, Herbert G. *El hombre invisible*. Madrid, Alianza, 2002.
- Wells, Herbert G. *La máquina del tiempo*. Bogotá, Norma, 2006.

Relatos de ciencia ficción sobre la creación de vida o inteligencia artificial:

- Aldiss, Brian. *Frankenstein desencadenado*. Barcelona, Minotauro, 1976.
- Aldiss, Brian. *Los superjuguetes duran todo el verano*. Barcelona, Plaza y Janés, 2001.
- Asimov, Isaac. *Yo, robot*. Barcelona, Debolsillo, 2003.
- Wells, Herbert G. *La isla del Dr. Moreau*. Barcelona, Plaza y Janés, 1996.

Si les gustan las historias de monstruos, pueden leer:

- King, Stephen. *El ciclo del hombre lobo*. Barcelona, Planeta, 1995.
- Stevenson, Robert Louis. *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Buenos Aires, Kapelusz, GOLU, 2008.
- Stoker, Bram. *Drácula*. Madrid, Edaf, 2002.

Ensayos sobre literatura de ciencia ficción y de monstruos:

Asimov, Isaac. *Sobre la ciencia ficción*. Buenos Aires, Sudamericana, 1982.

King, Stephen. *Danza macabra*. Madrid, Valdemar, 2006.

Películas de terror inspiradas en Frankenstein:

Mary Shelley's Frankenstein, dirigida por Kenneth Branagh, 1994.

Frankenstein desencadenado, dirigida por Roger Corman, 1990.

Frankenstein y el monstruo del infierno, dirigida por Terence Fisher, 1974.

Y Frankenstein creó a la mujer, dirigida por Terence Fisher, 1967.

La maldición de Frankenstein, dirigida por Terence Fisher, 1957.

La novia de Frankenstein, dirigida por James Whale, 1935.

Frankenstein, dirigida por James Whale, 1931.

Películas cómicas inspiradas en Frankenstein:

Ciencia loca, dirigida por John Hughes, 1985.

El joven Frankenstein, dirigida por Mel Brooks, 1974.

Abbott y Costello vs. Frankenstein, dirigida por Charles Barton, 1948.

Películas de ciencia ficción sobre la creación de vida o inteligencia artificial:

Yo, robot, dirigida por Alex Proyas, 2004.

Inteligencia artificial, dirigida por Steven Spielberg, 2001.

Blade Runner, dirigida por Ridley Scott, 1982.

Bibliografía

Sobre Mary Shelley

Jackson, Rosemary. *Fantasy. Literatura y subversión*. Buenos Aires, Catálogos, 1986.

Spark, Muriel. *Mary Shelley*. Barcelona, Lumen, 1997.

Sobre el Romanticismo en literatura

Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Barcelona, Labor, 1994.

Hugo, Víctor. *Prefacio de "Cromwell"*. Buenos Aires, Goncourt, 1979.

Jamme, Christoph. *El movimiento romántico*. Madrid, Akal, 1998.

Sobre la literatura para niños y jóvenes

A.A.V.V. *Decir, existir. Actas del I Congreso Internacional de Literatura para Niños*. Buenos Aires, La Bohemia, 2009.

Andruetto, María Teresa. *Hacia una literatura sin adjetivos*. Córdoba, Comunicarte, 2009.

Chambers, Aidan. *Dime: los niños, la lectura y la conversación*. México, FCE, 2008.

Chambers, Aidan. *El ambiente de la lectura*. México, FCE, 2009.

Colasanti, Marina. *Fragatas para tierras lejanas. Conferencias sobre literatura*. Bogotá, Norma, 2004.

Colomer, Teresa. *Andar entre libros. La lectura literaria en la escuela*. México, FCE, 2005.

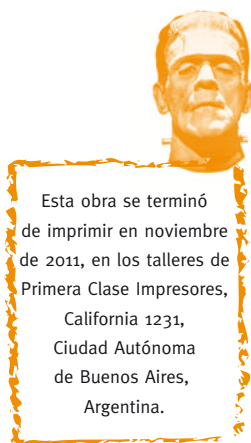
Comino, Sandra. *Esto no es para vos*. Buenos Aires, La Bohemia, 2009.

Devetach, Laura. *La construcción del camino lector*. Córdoba, Comunicarte, 2008.

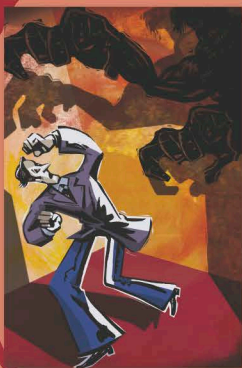
Machado, Ana María. *Clásicos, niños y jóvenes*. Bogotá, Norma, 2004.

Petit, Michèle. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México, FCE, 1999.

Soriano, Marc. *La literatura para niños y para jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Buenos Aires, Colihue, 1995.



Esta obra se terminó
de imprimir en noviembre
de 2011, en los talleres de
Primera Clase Impresores,
California 1231,
Ciudad Autónoma
de Buenos Aires,
Argentina.



La cultura popular ha convertido la figura de Frankenstein en un mito moderno. Para muchos, Frankenstein es un ser gigantesco y tosco, que camina lentamente con los brazos extendidos, tiene la cabeza chata y tornillos en el cuello. En gran parte, esa imagen surge de la película de James Whale, filmada en 1931, en la que Boris Karloff encarnaba al monstruo. Sin embargo, el nombre de Frankenstein per-

tenece al científico empeñado en crear vida y que, a través de sus experimentos, se sumerge en una de las más aterradoras pesadillas que nos haya presentado la literatura.

Se ha señalado que Mary Shelley, al escribir esta novela cuando aún no tenía veinte años, inventó la ciencia ficción, un género que Isaac Asimov define acertadamente como “la rama de la literatura que trata sobre las respuestas humanas a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología”. Y *Frankenstein*, entre otras cosas, propone que la creación artificial de vida implica un cambio drástico desde el punto de vista de la ciencia... ¿Qué se hará con la nueva criatura? ¿Cuál es el valor de la vida y de la muerte a partir de ese momento? Estas preguntas nos siguen inquietando hoy tanto como lo hicieron hace dos siglos, en el momento en que se publicó la novela.

CC 29002691

ISBN 978-950-13-0270-7



9 789501 302707

Kapelusz
norma